



LA VIDA DE IDENTIFICACIÓN CON CRISTO JESÚS

Paul de Jaegher, S.J.





Biblioteca gratuita
talcaldeg.github.io/fenix

La vida de identificación con Cristo Jesús

Paul de Jaegher, S.J.

Traducción de Proyecto Fénix

Edición al cuidado de Tomás Alcalde

Proyecto Fénix

Índice

1. [Nota de esta edición](#)
2. [Prefacio](#)
3. [Capítulo I. La gracia santificante y la intimidad con Dios presente en el alma](#)
4. [Capítulo II. La gracia santificante y la identificación con Cristo Jesús que vive en el alma](#)
5. [Capítulo III. Retrato del alma identificada con Jesús](#)
6. [Capítulo IV. Ventajas de un camino espiritual de identificación con Cristo](#)
7. [Práctica. Propósitos](#)
8. [Conclusión](#)
9. [Oración para unirse a Jesús](#)

Nota de esta edición

Esta es una traducción nueva de Proyecto Fénix de *La vie d'identification au Christ Jésus*, del padre Paul de Jaegher, jesuita belga (Kortrijk, 1880 - Ranchi, India, 1958), publicada en francés en 1927 y en inglés, con el título *One with Jesus*, en 1929.

Los derechos de autor de la obra del padre De Jaegher pertenecen a los jesuitas de Flandes y de los Países Bajos (provincia jesuita de los Países Bajos Europeos, ELC), que autorizaron esta traducción y su publicación gratuita. Proyecto Fénix les agradece ese permiso. Esta traducción no se puede vender ni distribuir con fines comerciales.

No se encontró digitalizado el original francés, así que esta traducción se hizo desde la traducción inglesa de 1929, en la reimpresión de Newman Press de 1953. Comprende el prefacio, los cuatro capítulos, los propósitos para la práctica, la conclusión y la oración final. Las notas al pie son del autor; las marcadas «N. del T.» son de esta edición y solo identifican citas o aclaran pasajes que sin contexto podrían leerse mal. Las citas de la Escritura se traducen desde el texto que trae el autor. Las mayúsculas siguen el uso de opusdei.org: llevan mayúscula los pronombres Él, Tú y Ti referidos a Dios, y los posesivos y pronombres átonos (su, tu, le, lo, te) van en minúscula.

La traducción se preparó con ayuda de inteligencia artificial, se cotejó párrafo por párrafo con el texto inglés y se revisó en sus pasajes doctrinales contra el Catecismo de la Iglesia Católica. Cuando se consiga el original francés, se cotejará con él. Si encuentra un error, puede avisarlo desde el sitio de Proyecto Fénix.

Traducción de Proyecto Fénix, 2026, publicada con permiso de los jesuitas de Flandes y de los Países Bajos. Se puede leer y compartir gratis, con crédito y sin fines de lucro.

Prefacio

En su ascenso hacia Dios, el alma fervorosa suele pasar por dos etapas que, aunque muchas veces cuesta distinguirlas, a veces se separan con nitidez: la intimidad con Jesús y la identificación con Él. Al principio, el alma queda prendada del Maestro, cautivada por su amabilidad divina, y encuentra su gozo en una intimidad cada vez mayor con el Amado. Para hacer más perfecta esa intimidad, Dios suele conceder al alma que ha llegado a esta etapa ese sentimiento particular de su divina presencia que solo Él puede dar. Es una gracia mística, aunque muchas almas no se dan cuenta de que la reciben. El alma se siente entonces como un sagrario vivo, donde el divino Maestro habita y la invita a tratarlo con familiaridad.

Esa intimidad se ahonda siempre y, poco a poco, se transforma en identificación con Jesús. El alma va dejando de lado sus propios sentimientos para hacer suyos los de Cristo, para dejarlo vivir y obrar libremente en ella. Esto es, de verdad, vivir en nombre de Jesús, vivir por Él y en lugar suyo. Si el alma es generosa, a menudo una nueva gracia mística viene a impulsar y alentar con fuerza este proceso de identificación. Al sentimiento de su divina presencia, Dios añade ahora el sentimiento infuso y pasivo de su acción divina y transformante. El alma siente que Cristo vive y ama en ella. Comprende por experiencia que el amor infuso que penetra, absorbe y arrebatata todo su ser no es otro que el amor con que Jesús mismo ama a su Padre en ella. Siente que toda su vida está como fundida en la vida de Cristo dentro de ella. Es una sola cosa con Él. Y esta identificación, cada vez más admirable, conduce a la unión perfecta de la santidad, la que se llama unión transformante, en la que el alma puede exclamar con toda verdad, con el Apóstol: «Vivo yo, pero no yo, sino que es Cristo quien vive en mí» (Gál 2, 20).

En estas pocas y sencillas páginas queremos exponer una manera de entender la vida espiritual que, por su misma naturaleza, parece muy apta para ayudar al alma a avanzar por estas dos etapas del camino de la santidad. Fundada en un dogma central de la vida espiritual, el de la gracia santificante y la inhabitación divina, nos ayuda de un modo singular a estimar y practicar esa preciosa intimidad con Cristo que constituye la primera etapa. Luego, siguiendo la admirable enseñanza del gran Apóstol sobre nuestra incorporación a Cristo, nuestra Cabeza mística, orienta toda la vida espiritual hacia la transformación en Jesús y la identificación con Él. Y así, al desarrollar sin cesar en nosotros los afectos propios de la vida unitiva, nos eleva poco a poco hasta sus cumbres más altas.

Hemos procurado hacer una síntesis de esta espiritualidad paulina y, a la vez, poner de relieve toda su grandiosa belleza, su gozo arrebatador y sus inestimables ventajas.

Muchas almas, por desgracia, han oído poco o nada de esta clase de espiritualidad, y muy pocas han sabido ajustar su vida espiritual a estas verdades tan hermosas y consoladoras. Su vida interior transcurre al margen de ellas. De hecho, parece reducirse casi por entero a la corrección de defectos y detenerse en el umbral de la vida unitiva. Es una gran lástima, porque esas almas solo conocen el lado trabajoso de la vida espiritual y apenas saben nada de su lado más dulce, más puro y más afectuoso, el que es propio de la vida de unión: el que nos identifica con Dios y, por un amor que unifica, nos permite gozar de Él y de sus divinas perfecciones como si de verdad fueran nuestras.

El propósito de estas páginas es descubrir a esas almas una dulzura que nunca habían soñado.

¡Dichosos los que se deleitan saboreando las sublimes enseñanzas del Apóstol! En el jardín de la Iglesia, donde el divino Jardinero cultiva mil flores distintas para que lo alegren con su perfume, se parecen a esas orquídeas raras y señoriales que, muy por encima de la tierra común, encuentran su alimento en la grieta de una roca o en el hueco de

un árbol nudoso, donde otras flores se marchitarían y morirían.

Gracias a Dios, hoy son muchas las almas ávidas de unión, que arden en deseos de una entrega total y están dispuestas a renunciar a la alegría de su propia vida personal para que Cristo, su Amado, que vive en ellas, la haga toda suya; almas a las que atormenta, de un modo exquisito, el deseo insaciable de amar a Dios, y que sienten con tristeza que nunca podrán amarlo, ni hacerlo amar, como ellas quisieran o como Él lo desea.

Hemos escrito estas páginas para todas las almas fervorosas, pero sobre todo para estas últimas. A propósito hemos condensado nuestro pensamiento y nos hemos limitado a sugerir temas para una meditación dulce y unitiva. Dejamos al divino Maestro que revele a cada alma, en el trato íntimo, una comprensión más honda y más práctica de estas verdades, porque solo Él puede hacerlo. Estamos convencidos de que esas almas sabrán deleitarse en las sublimes enseñanzas del Apóstol, y que el dulce regusto de la lectura las llevará a volver sobre ellas para meditarlas con calma. Porque quizá no esté de más recordarles que la sola lectura, por atenta y sentida que sea, nunca produce efectos duraderos. Las almas que se sienten vibrar al unísono con estos pensamientos, y que, por los dones del Espíritu Santo, se han vuelto tierra propicia para que germinen, deben procurar saborearlos por dentro y asimilarlos poco a poco, para poder reproducirlos con perfección en su vida, para mayor agrado de ese amado Jesucristo de quien pueden exclamar con san Pablo:

«Para mí la vida es Cristo, y la muerte, una ganancia» (Flp 1, 21).

Capítulo I. La gracia santificante y la intimidad con Dios presente en el alma

En los últimos tiempos, la doctrina de la gracia santificante y de la presencia permanente de Dios en nuestras almas, que casi se había perdido de vista, ha vuelto a salir a la luz. Dondequiera que ha nacido un gusto por la mística sana, se ha reconocido que esta doctrina debe recuperar el lugar de honor que le daba el gran Apóstol.

Se han publicado muchos libros interesantes y valiosos sobre el tema, y varias revistas se han dedicado especialmente a él. Han aparecido también excelentes opúsculos, como los del P. R. Plus, S.J., o los del P. P. Caenen, S.J., cuyo único fin es hacer familiares y practicables las ideas que en otras obras se exponen de forma más teórica.¹ Creemos que estos libros están especialmente llamados a cumplir una misión de inmenso valor, y les deseamos una amplia difusión. Porque hay que reconocer que, en el terreno práctico, hasta ahora se ha hecho muy poco. Muchos siguen considerando la doctrina de la gracia un tema demasiado teórico o demasiado abstruso para tratarlo de ordinario. Muchos predicadores y directores espirituales han agotado en sus sermones e instrucciones todos los demás temas, pero nunca se han atrevido a tocar el de la gracia santificante.² Muchos sacerdotes y religiosos no han recibido más que una exposición árida y teórica del asunto en algún curso de teología dogmática. Por eso su conocimiento es poco práctico e ineficaz. Han estudiado esta doctrina sublime sin hacerla realidad en sí mismos, sin saborearla y, menos aún, sin entretejerla con su vida. Y un tesoro de valor inmenso ha terminado por parecerles algo que más vale no tocar.

Sin embargo, no se concibe que se deje de lado de este modo un punto fundamental del dogma, y que la inmensa mayoría de los cristianos ignore lo que con verdad podría llamarse la esencia de la vida cris-

tiana: que de esa vida no vean más que las apariencias exteriores, las realidades tangibles y materiales, mientras su alma, su sublimidad íntima y misteriosa, les queda oculta. La adopción divina por la gracia santificante recibida en el Bautismo, la misteriosa participación en la naturaleza divina, la incorporación a Cristo, el sacerdocio místico de todos los cristianos y, sobre todo, la presencia real de Dios en las almas humanas:³ todos estos son otros tantos títulos de nobleza de los que ni siquiera tienen conciencia. Llevan a Dios dentro de sí y ni siquiera lo saben. Todas las maravillas de una doctrina eminentemente paulina les son del todo desconocidas.⁴

¿No es triste ver tan poco apreciados, e incluso del todo insospechados, los beneficios de un Dios que nos ama?

El amor extático de Dios se revela sobre todo en un doble don: por una parte, la Encarnación y la Sagrada Eucaristía; por otra, la presencia de Dios en el alma santificada y divinizada. El primer don, más tangible, es relativamente conocido y apreciado por los fieles; el segundo casi no existe para ellos. ¿Y quién tiene la culpa? Al parecer, los que debieron ahondar en estas magníficas verdades, saborearlas y expresarlas en su vida, y luego esforzarse con entusiasmo por darlas a conocer a los fieles.

¡Y cuánto ha perdido la vida espiritual con este descuido! ¡Qué impulso para elevarse por encima de las pequeñeces de esta vida nos daría la conciencia de que ya no somos simples hijos de los hombres, sino hijos de Dios por adopción! ¡Qué despreciables parecerían las mezquindades de la tierra a la luz de saber que somos hijos de Dios por naturalización y, por así decirlo, transformados en su Ser! Sobre todo, ¡cómo cambiaría la vida de innumerables cristianos, e incluso de sacerdotes y religiosos, si llegaran a hacer suya esta verdad sublime: «Dios es el divino Huésped de mi alma; habita en ella día y noche, deseoso de recibir el homenaje incesante de mi amistad íntima y de mi amor»!

¿Qué mayor estímulo para la vida interior y el recogimiento que estas consideraciones, si de verdad las hiciéramos pasar a nuestra vida?

A su lado, ¡qué débiles e ineficaces resultan tantos otros motivos que suelen proponerse para animarnos en la vida espiritual! Se alaban las ventajas de una vida recogida, se detallan los peligros de la disipación, quizá incluso se menciona a un Dios presente en todas partes que ve nuestro pensamiento más secreto; pero olvidamos al Dios que, en su amor infinito, se digna necesitar nuestra amistad y que, para obtenerla más fácilmente, se nos da en la intimidad de nuestras almas y hace de ellas su cielo, sus sagrarios vivos. No se insiste lo bastante en que, si bien no podemos gozar cuando queremos de la compañía del Hombre-Dios en nuestros altares, sí podemos, como santa Catalina de Siena, retirarnos dentro de nosotros mismos para conversar con el Dios de nuestro corazón. Creemos que ninguna consideración llevaría tanto como esta a una vida de oración incesante y de trato continuo con Dios.⁵

¿No es acaso el amor al recogimiento interior y al trato familiar con Dios un rasgo propio de las almas interiores? Si tienen gran devoción a Jesús en el Santísimo Sacramento, la tienen igualmente a Jesús, Verbo eterno, Huésped y vida de su alma. El capítulo octavo del libro segundo de la *Imitación de Cristo* lo muestra con toda claridad. Pero es de lamentar que, por el silencio que se guarda sobre el dogma de la presencia permanente de Dios en nosotros, muchas almas tardan tanto en llegar a esta excelentísima práctica de la devoción a Dios, Huésped de nuestro corazón, y que otras no lleguen nunca a ella en toda su vida espiritual.

Hay que añadir que la doctrina de la gracia, y en especial una fe bien arraigada en la presencia de Dios dentro de nosotros, puede influir mucho en el desarrollo de la vida mística y de la oración mística. Es cosa sabida que la oración pasiva no depende de nuestros esfuerzos. La misma palabra «pasiva» lo demuestra. Es un puro don de Dios. Con todo, es cierto que el alma puede prepararse en gran medida para recibir este tesoro divino. Dios no siembra su semilla divina donde ve que corre peligro de ser ahogada por deseos egoístas y mundanos. Por eso podemos, y debemos, prepararnos quitando los obstáculos y creando

un ambiente favorable para recibir este don divino y para que se desarrolle.

Según san Juan de la Cruz, el rasgo principal de la oración mística es una noticia amorosa de Dios, indefinible, general y oscura, recibida pasivamente. Este príncipe de la teología mística habla de ella sin cesar⁶ y declara en términos inequívocos que, si por una parte no debemos desear en modo alguno éxtasis ni otros favores extraordinarios, por otra nunca estaremos demasiado ni desearemos y pediremos con bastante ardor esta unión amorosa con Dios, que constituye la esencia misma de la unión mística. Se entiende entonces fácilmente que no puede haber mejor preparación para la oración pasiva que una atención amorosa y activa, habitual, al divino Huésped de nuestro corazón. Es verdad que entre esta atención amorosa activa y la pasiva e infusa hay un abismo, y que solo Dios puede salvarlo. Pero no es menos cierto que entre ambas hay una estrecha analogía. Se comprende sin esfuerzo que el alma que se deleita en conversar con su divino Huésped experimenta sentimientos muy acordes con los de la oración sobrenatural, que la preparan admirablemente para ella y, en cierto modo, la invitan a ella. Hay razones para pensar que la divina Bondad, al ver al alma tan bien dispuesta y tan atenta, no se dejará vencer en generosidad dejándola sola en este trato amoroso. De vez en cuando, y poco a poco con más frecuencia, le hará oír esa respuesta divina que, recibida pasivamente en el alma, es en realidad la oración mística. Así, sin que se dé cuenta, bajo la acción divina, la atención amorosa y activa del alma se convierte en la atención amorosa, pasiva e infusa de la oración sobrenatural.⁷

Hasta aquí hemos hablado del elemento positivo de la preparación. El negativo consiste en quitar los obstáculos. Ahora bien, por nombrar solo uno, todos admiten que el principal obstáculo para la vida mística es la falta de recogimiento, la disipación de la mente y del corazón. Sabemos cuánto insisten los grandes maestros, santa Teresa, san Juan de la Cruz y otros, en vaciar la mente y el corazón de las cosas creadas.

La memoria, el entendimiento y la voluntad han de estar bajo una disciplina estricta. Hay que reprimir su actividad natural y reducirla a un volverse constante y amoroso hacia Dios. Pues bien, ¿no busca por instinto el alma penetrada de la gran realidad de la presencia de Dios unificar sus miras y tender toda entera hacia Él? Consciente de la joya preciosa que guarda dentro de sí, vuelve a ella sin cesar con sus pensamientos y afectos. Todas sus potencias se concentran en Dios y son atraídas como por un imán hacia Aquel cuyas perfecciones la cautivan cada vez más, mientras las criaturas pierden importancia y van cayendo poco a poco en el olvido. Las influencias que distraen tienden a desaparecer y dejan de turbar al alma en el ejercicio de esa atención amorosa que Dios quiere comunicarle por la oración mística. El alma, por su parte, está dispuesta. Ahora Dios la ayudará, mediante una larga purificación, a hacerse todavía más sencilla y más espiritual. La dolorosa «noche del sentido» la envolverá para obrar en lo más hondo de su alma lo que ella es incapaz de lograr por sus propios esfuerzos.⁸

Pero las ventajas de la devoción a las tres divinas Personas que habitan en el alma no terminan ahí. Van mucho más allá de la purificación del sentido. Pasada esta etapa, el alma ha cruzado claramente el umbral de la oración mística. Ahora bien, ya en los primeros grados de la contemplación infusa, el alma suele experimentar un sentimiento pasivo y nítido de la divina presencia dentro de ella, y esto es un don gratuito de Dios. Dios se hace sentir de modo experimental y pasivo, y atrae al alma hacia sí.

Algunos llegan a ver en este sentimiento infuso de la divina presencia una nota esencial y característica de toda oración mística.⁹ Sin ir tan lejos, hay que admitir que, en la práctica, este sentimiento es a menudo una señal por la que se reconoce con facilidad la presencia de la oración sobrenatural. Y creemos que puede tenerse por cierto que muchos, sobre todo al comienzo del período de transición, solo se dan cuenta de su entrada en la vida mística por este sentimiento pasivo de la divina presencia en ellos.

Se comprende entonces lo bueno que sería inculcar, a tiempo y a destiempo, la devoción a la divina presencia en nosotros. Demasiadas almas la tienen por una simple metáfora. Y es de lamentar, porque pronto sonará la hora en que Dios las invite a recogerse dentro de sí para conversar con Él en la oración de recogimiento pasivo o de quietud. Les concederá ese sentimiento exquisito de su divina presencia, aunque al principio en un grado muy tenue. Pero, ¡ay!, el alma, que ignora la realidad de esta presencia y está acostumbrada a imaginar a Dios fuera de sí, probablemente no le prestará atención. Al no advertir la gracia que se le ofrece, corre el riesgo de no oír la invitación divina o, al menos, de no apreciar en todo su valor la perla preciosa y arrojarla lejos. Después de gozar un tiempo de la intimidad divina, quizá se disipe y vuelva a buscar consuelo en las criaturas, haciéndose así indigna de nuevos favores.

Pensemos, en cambio, en un alma que desde hace tiempo ha hecho suya la doctrina de la presencia permanente de Dios. Con su propio esfuerzo, ayudada por la gracia, se ha acostumbrado a conversar con su Amado de un modo afectuoso y muy sencillo; ha adquirido una verdadera devoción al Huésped de su alma, como también a Aquel que habita en nuestros Sagrarios. Esta alma sentirá al instante los toques místicos, por delicados que sean. Se estremecerá de gozo ante la más leve experiencia pasiva de la presencia de Dios. ¡Qué grande es ahora su felicidad, pues no solo sabe, sino que saborea con deleite la presencia de su Amado! Llena de gratitud y de amor por tan gran bien, concentrará desde entonces todos sus esfuerzos en hacerse digna de nuevos favores.

Nadie negará que muchas almas nunca llegan a la oración mística, y que muchas otras no pasan de sus grados inferiores por falta de una sólida enseñanza espiritual. El místico mexicano Godínez llega a decir que el noventa por ciento de las almas llamadas a la oración pasiva encuentran un obstáculo en la falta de buena dirección.¹⁰ Aunque la afirmación parece muy exagerada, recordamos los anatemas que san Juan

de la Cruz lanza contra los directores ignorantes que obran en contra de la acción divina y se empeñan en imponer el método discursivo a las almas contemplativas. ¿No podríamos añadir que muchos directores, sin ser un estorbo positivo, no ayudan lo suficiente al alma en su ascenso, a menudo doloroso, hacia la contemplación infusa? Si ellos mismos estuvieran más hondamente impregnados del sentido de la divina presencia en el alma, comprenderían mejor la repugnancia por la oración discursiva que sienten ciertas almas llegadas al umbral de la vida mística. Les permitirían dedicar parte del tiempo de oración, o incluso todo, a prestar una atención amorosa al Dios presente en ellas y a hacer lo que con razón se ha llamado la oración de simple presencia. Su deber como directores sería entonces estudiar más a fondo la materia, vivir lo que han aprendido y procurar infundir en los demás esas grandes verdades de la fe que son la base de la vida mística. Así, quizá sin darse cuenta, encaminarían a muchas almas hacia la oración pasiva, inspirándoles sentimientos que las prepararían para ella y disponiéndolas favorablemente a recibirla.

Lo que hemos dicho sobre los comienzos de la oración mística vale igualmente para su desarrollo posterior. Convenimos en que todas las almas místicas tienden por naturaleza a buscar a su Dios dentro de sí. Aunque su manera de entender la doctrina de la gracia santificante les haga imaginar, como a tantos, que la vida de Dios y su presencia en nosotros son solo metafóricas, sienten a Dios en su alma, al menos de vez en cuando. San Francisco de Sales dice que, así como las abejas vuelven a la colmena atraídas por la dulzura de la miel, el alma mística gusta de buscar a Dios dentro de sí, porque sabe por experiencia lo grata que es su compañía. ¡Cuántas se darían con más empeño a la comunión íntima con Dios si se les enseñara, si se les hiciera comprender que el buen Dios presente en ellas ve con pena que el alma se desperdicie en las cosas exteriores! Santa Teresa cuenta en su *Vida* la gran alegría que sintió cuando un director sabio y lleno de luz le dijo que el Dios cuya presencia en ella había sentido muchas veces de modo místi-

co está de verdad presente en el alma de continuo por la gracia santificante.¹¹ La teoría, al confirmar la experiencia, le disipó muchas dudas, porque la convenció de que su manera de vivir y su modo de orar venían de Dios. Por eso la ilustre contemplativa se quejaba a menudo de que muchas almas de oración buscan a Dios muy lejos de ellas, en un Cielo distante, en vez de buscarlo, y encontrarlo con gran facilidad, en su propio corazón.¹² ¡Y eso que se dirigía a las fervorosas religiosas de sus Carmelos reformados!¹³

1. Cf. *Dieu en nous*, *Vivre avec Dieu* y *Dans le Christ Jésus*, de R. Plus, S.J.

2. Y esto a pesar de la reacción favorable que se ha manifestado en ciertos ambientes.

3. N. del E.: «presencia real» no se refiere aquí a la Eucaristía, sino a la presencia verdadera, no metafórica, de Dios que habita en el alma en gracia (Catecismo, n. 260). El Catecismo llama «real» por excelencia a la presencia eucarística, «no a título exclusivo, como si las otras presencias no fuesen “reales”» (n. 1374). Así la usa el autor en todo el libro.

4. Dando por supuesto que se conoce bien la naturaleza de la gracia santificante, nos limitamos a algunas observaciones. Quien quiera ahondar en el tema hará bien en leer obras como las del P. Plus, S.J., las de dom Marmion o, en un estilo más didáctico, *Le Juste*, del canónigo François Cuttaz (Lyon, Gaudillière), y *Les dogmes générateurs de la piété*, de A. Tanqueray.

5. Se nos ha de perdonar que insistamos tanto en estas páginas en la presencia de Dios en nosotros. Recalcamos tanto este aspecto, el más práctico de la doctrina de la gracia santificante, porque es el que más se olvida o se ignora. Cf. R. Plus, S.J., *Dieu en nous*.

6. Cf. *Subida del Monte Carmelo* y *Noche oscura*, *passim*.

7. El P. Gárate, en *Razón y Fe* de julio de 1908, después de comentar ciertos pasajes de santa Teresa, concluye así: «Todos los que se dan al santo ejercicio de los coloquios afectuosos con Dios obtienen las gracias convenientes para alcanzar la perfección del estado místico».

8. La «noche del sentido» es el nombre que da san Juan de la Cruz a la larga prueba que describe tan bien en su obra inmortal, la *Noche oscura*. Por esta prueba Dios

desprende al alma de todas las cosas exteriores y lleva a cabo la purificación pasiva del sentido. Durante este período de purificación, el alma sufre una gran aridez y, a pesar de su fervor, que es real aunque no sensible, está convencida de su propia tibieza. Además, se vuelve incapaz de seguir en la meditación un método determinado, como lo hacía antes. Es el paso secreto de la meditación a la contemplación interior y mística. Véase nuestro libro *Confianza* (Londres, Burns Oates, 1932), el capítulo «La confianza en las noches místicas».

[9.](#) Esto parece difícil de conceder, porque hay que reconocer que la concentración amorosa e infusa de la mente en Dios, que según san Juan de la Cruz es la esencia misma de la oración sobrenatural, no debe confundirse con el sentimiento infuso de la presencia. Puede incluso ir muy unida al doloroso sentimiento de la ausencia de Dios, como sucede a menudo en las terribles pruebas de la «noche del espíritu».

[10.](#) N. del T.: Miguel Godínez (Michael Wadding, m. 1644), jesuita irlandés, misionero en Nueva España, autor de la *Práctica de la teología mística* (Puebla de los Ángeles, 1681).

[11.](#) N. del T.: *Libro de la Vida*, 18, 15. En ese pasaje, el letrado le enseña a la santa que Dios está presente en todas las cosas (Catecismo, n. 300); la presencia por la gracia, de la que habla aquí el autor, es la inhabitación de la Trinidad en el alma justa (n. 260).

[12.](#) N. del T.: *Camino de perfección*, 28, 2.

[13.](#) Entre los místicos, quizá ninguno tuvo una idea tan alta como santa Teresa de la dignidad del alma, sagrario de Dios. M. R. Hoornaert, en una tesis publicada hace poco, llega a decir que «la presencia permanente de Dios en el alma (en *Las moradas*) es como la idea central de la mística teresiana».

Capítulo II. La gracia santificante y la identificación con Cristo Jesús que vive en el alma

Hasta aquí hemos considerado en detalle lo que yo llamaría uno de los elementos estáticos de la gracia, es decir, la presencia especial de Dios en el alma que resulta de la gracia santificante. Pero la gracia tiene otros elementos que con verdad podrían llamarse dinámicos. Tales son, por ejemplo, la vida y el desarrollo de Cristo en nosotros hasta la edad perfecta, como la llama san Pablo.¹ Dios no está presente en nosotros solo como un divino Huésped que viene a recibir nuestro homenaje de adoración y de amor; está en nosotros, más especialmente, para ayudarnos a morir a nosotros mismos y a vivir para Él, para transformarnos y hacernos semejantes a Dios. Esta vida divina, comenzada en el Bautismo, debería, en el curso normal de las cosas, seguir desarrollándose y creciendo sin cesar hasta el día en que alcance su plena floración en la gloria. Vemos en seguida que estamos en el corazón mismo de la admirable doctrina de san Pablo. Esa fue, en efecto, la obra principal de su apostolado y también el tema de sus escritos: «Estáis muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios».² Por el Bautismo hemos muerto a la vida de la naturaleza, hemos muerto con Cristo (*commortui, consepulti, conresuscitati*)³ y hemos nacido de nuevo como hijos de Dios. Cristo está en nosotros para desarrollarse hasta la edad perfecta. Hemos de revestirnos de Cristo: «*Induimini Christum*. Revestíos de Jesucristo. Os habéis revestido de Cristo Jesús» (Gál 3, 27).⁴ En cada página el gran Apóstol habla de esta vida. «Hemos sido injertados en Cristo»,⁵ y nuestra vida, estéril y sin fruto, se ha cambiado en una vida que da frutos para la eternidad. Pablo no duda en exclamar: «Para mí la vida es Cristo, y la muerte, una ganancia».⁶ Recordemos en particular su célebre comparación de la cabeza y los miembros del cuerpo: «Porque así como el cuerpo es uno y tiene muchos miembros,

y todos los miembros del cuerpo, aun siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo [...]. Vosotros sois el cuerpo de Cristo, y miembros de miembro».⁷

La doctrina de la vida de Dios en nosotros y de nuestra incorporación a Cristo, tan fecunda para la vida del alma, puede examinarse desde muchos puntos de vista. El aspecto que se elija llevará, naturalmente, a formarse una idea algo distinta de la vida espiritual, pero cada una tendrá algo en común con las demás y solo se distinguirá de ellas por matices de detalle. Quisiéramos subrayar aquí una manera de considerarla que, por desgracia, todavía es poco frecuente, pero que, lo creemos firmemente, es más apta que ninguna otra para transformar nuestra espiritualidad y elevarla a alturas insospechadas de vida unitiva.

El amor a su Padre movió a Cristo a hacerse hombre. Los treinta y tres años de su vida en la tierra estuvieron del todo consagrados a ese amor y a procurar la gloria de su Padre. Representó un drama inefable de amor divino, cuya escena más conmovedora tuvo lugar en el Calvario. Pero Cristo ha resucitado. Aunque murió, sigue viviendo. El inmenso amor del Hombre-Dios no terminó en el sepulcro. Su influjo va más allá de los estrechos límites de la vida humana de Jesús. El *Sitio* del Gólgota⁸ lo sigue sintiendo Jesús glorificado. ¿Qué quiere decir esto? ¿Quiere decir simplemente que Jesús se contentará con amar infinitamente a su Padre en el Cielo y en cada uno de nuestros Sagrarios? No es así. Por grande que fuera ese homenaje de amor, no basta al Corazón de Cristo. Quiere hacer más. El gran drama del amor de Jesús a su Padre ha de continuar aquí en la tierra. Porque Jesús, por su vida y por la Redención del género humano, se formó un cuerpo místico en el que sigue viviendo, amando y glorificando a su Padre. Para amar más, se ha unido a nuevas naturalezas humanas individuales, a millones de naturalezas humanas individuales; no ya hipostáticamente, es verdad, pero sí con una unión muy real, íntima y admirable. El Cristo total es Cristo unido a la multitud de los fieles que vivirán para siem-

pre; el amor total de Cristo es el amor del Corazón de Jesús unido al amor de millones de cristianos que amarán con Él y en Él hasta el fin de los tiempos. Esta es la gran obra maestra que ha llevado a cabo el Amor divino. Solo ella ha logrado saciar la sed infinita de amor a su Padre que Cristo tenía.

Jesús, pues, anhela sin cesar amar a su Padre hasta la locura; anhela amarlo no solo con su propia vida divina, no solo con su propio corazón abrasado de amor: anhela amarlo en millones de corazones y por medio de millones de vidas, hasta el fin de los tiempos.

Su amor infinito necesita expresarse, derramarse de infinitas maneras. ¿Qué quiere, entonces, Jesús? Quiere corazones que se le entreguen, que se abandonen del todo a Él y le dejen saciar libremente, en ellos y por ellos, su pasión infinita de amor divino. Para unirse más estrechamente a cada uno de nosotros, sus miembros, pide la posesión entera de nuestro ser: nuestro cuerpo, y nuestra alma con todas sus potencias, para hacerlos suyos, apropiárselos y vivir por medio de ellos su vida de entrega a su Padre amado.

Los treinta y tres años de su vida terrena no le bastaron. El ardor insaciable de su amor quisiera seguir siempre amando, trabajando, orando y sufriendo. A cada uno de nosotros nos pide otra humanidad, según la hermosa expresión de sor Isabel de la Trinidad.⁹ Nos dice: «Hijo mío, dame tu corazón,¹⁰ para que en ti y por ti, en una vida de unión, yo ame, o más bien amemos juntos, ardientemente al Padre; dame tus labios, para que juntos cantemos sus alabanzas; dame tu mente, tus ojos, tus manos, todo tu ser. Quiero, en ti y por ti, vivir como una segunda vida, toda de amor, que sea el complemento y la continuación de mi vida terrena en Nazaret y en Palestina».

¡Qué indeciblemente sublime es, pues, la vida cristiana, de una sublimidad que tantas almas ni sospechan! ¡Qué ardientes son los deseos del Corazón de Jesús, tan poco conocidos aun por las almas generosas! El cristiano no es solo él mismo, no es solo una simple personalidad humana: hay en él algo de Jesús; en cierto modo es Jesús mismo; está

divinizado por su incorporación a Cristo. La vida de cada uno de nosotros no es solo nuestra pequeña vida personal, de horizonte limitado: tiene un sentido mucho más hondo. Es, y debe ser, ante todo y sobre todo, la vida de Cristo en nosotros, la continuación de la vida de Jesús. Un ideal tan magnífico es muy apto para transformar toda nuestra vida y hacerla sublime.

¿Qué hemos de hacer, entonces, para hacerlo realidad? Una sola cosa. En cada acción que realizamos, en cada oración que rezamos, en cada sufrimiento que soportamos, en cada uno de nuestros actos de amor, debemos tener presente que somos «Cristo», que Cristo quiere seguir obrando, orando, sufriendo y amando en nosotros. Entonces nos desharemos por instinto de nuestros deseos desordenados, mezquinos y estrechos, para revestirnos de la amplitud de miras y de los deseos sin límites que animaban a Cristo en sus acciones, oraciones y sufrimientos durante su vida mortal.

Hemos de entregarnos a Cristo tan por completo que lleguemos a ser puramente su instrumento; darle absoluta libertad de acción en nosotros, hasta casi perder nuestra personalidad en la plenitud de nuestro abandono;¹¹ vivir solo en lugar suyo y en su Nombre; verlo todo desde el punto de vista de Jesús; en una palabra, entregarnos del todo a Él y dejarlo vivir y crecer sin estorbo en nosotros, hasta que nuestra vida sea una con la suya. Este es un ideal y una cumbre de la espiritualidad que quisiéramos ver más conocidos: el ideal y la espiritualidad del gran Apóstol, de quien se dijo: «*Cor Pauli, Cor Christi*», «el corazón de Pablo es el corazón de Cristo».¹²

Pero aquí surge una distinción importante. Hay que entenderla bien, o correremos el riesgo de rebajar mucho el sublime ideal que acabamos de exponer: no se trata de ofrecerse a Cristo para que Él descienda a nuestro nivel y viva nuestra vida en nosotros; debemos ofrecernos a Cristo para que Él viva su propia vida en nosotros.

A primera vista, los dos aspectos parecen muy semejantes; sin embargo, el segundo es infinitamente superior al primero y muy distinto

en sublimidad. Basta un momento de reflexión para ver clara la diferencia.

El alma que quiere identificarse con Cristo no invita a Jesús a bajar a su nivel adaptándose a sus miras y aspiraciones; no le pide que se una a ella y obre en ella solo para ayudarla a vivir su propia vida con más pureza y santidad; no se contenta con orar, sufrir y amar como lo ha hecho hasta ahora, aunque con más intensidad y pureza de intención. Esa espiritualidad parecería ya muy hermosa, pero no basta, y en la diferencia podemos advertir el admirable influjo transformador del ideal que queremos recomendar. En este segundo modo de unión, el alma piensa de otra manera, ama de otra manera, ora de otra manera. Porque lo que pide a Cristo es que viva su propia vida *en ella*, y *por Él*, *no por ella*. Quiere que Jesús continúe en ella su propia vida, no que comience en ella una vida nueva que, aunque quizá santa, quedaría enclaustrada en los estrechos límites de una criatura tan pequeña. El alma, ya despojada de sí misma, deja sitio a Cristo. Sentirá latir el Corazón de Cristo en su pecho; desde ahora Cristo vivirá su propia vida en ella. Ha hecho suyos todos los intereses, miras, amores y deseos de Cristo: intereses, amores y deseos tan vastos como el universo y del todo libres de amor propio.

En suma, la espiritualidad de que hablamos no solo ayuda al alma a hacerse mejor, a purificarse, a encontrarse a sí misma; la ayuda a dejarse a sí misma de una vez para siempre, a renunciar a su propio punto de vista por el de Jesús. Su meta es poner a Jesús en lugar de sí misma.

Algunos dirán, quizá, que es una concepción fantasiosa, con algo de quietismo, y en el mejor de los casos demasiado sublime, demasiado impersonal para atraer a otros que no sean unas pocas almas escogidas. Pero está lejos de serlo, aunque sin duda este aspecto de la vida espiritual es tan elevado, y exige un olvido de sí tan grande y tan continuo, que el alma muchas veces no logrará seguir su ideal. Sin darse cuenta, recaerá a menudo en sí misma y, mientras cree que deja a Cris-

to desplegar su propia vida en ella, en realidad solo se estará uniendo a Cristo para vivir más santamente su propia vida. En lugar del gran Corazón de Jesús con sus deseos sin límites, muchas veces será su propio pobre corazoncito el que anime su vida espiritual. Sin advertirlo, el alma vivirá a menudo no en el plano superior, con Jesús, sino, en realidad, en su propio plano inferior. Estas dos vidas se cruzarán y se mezclarán con frecuencia; pero si el alma es fiel en volver a subir cada vez al plano superior, si no deja de mirar a su ideal, si se esfuerza sin descanso por poner a Jesús en lugar de sí misma, un día alcanzará las alturas tan deseadas. Quizá requiera gracias muy especiales, pero una cosa es segura: acabará por adquirir esa vida más divina que humana, comienzo de la vida del Cielo, la vida de Cristo mismo en ella. Habrá hecho realidad plenamente la palabra de san Pablo: «Vivo yo, pero no yo, sino que es Cristo quien vive en mí».¹³¹⁴

[1.](#) N. del T.: Ef 4, 13.

[2.](#) Col 3, 3.

[3.](#) N. del T.: «muertos con Él, sepultados con Él, resucitados con Él». El autor resume Rom 6, 4-8, Col 2, 12 y Ef 2, 5-6.

[4.](#) N. del T.: «Revestíos de Jesucristo» es Rom 13, 14; el autor lo junta con Gál 3, 27.

[5.](#) Rom 6, 5.

[6.](#) N. del T.: Flp 1, 21.

[7.](#) 1 Cor 12, 13-27.

[8.](#) N. del T.: «Tengo sed» (Jn 19, 28; en la Vulgata, *Sitio*). Cristo glorificado ya no padece: lo que continúa es la sed como deseo de su amor, en el sentido en que el Catecismo llama a la oración «respuesta de amor a la sed del Hijo único» (n. 2561).

[9.](#) N. del T.: santa Isabel de la Trinidad (1880-1906), carmelita de Dijon. En su oración a la Trinidad, del 21 de noviembre de 1904, pide al Espíritu Santo ser para Cristo «una humanidad de añadidura» (*une humanité de surcroît*) en la que Él renueve todo su misterio.

10. N. del T.: Prov 23, 26.

11. N. del T.: el «casi» pesa. El alma no deja de ser ella misma: Dios pide su respuesta libre (Catecismo, n. 2002) y la asocia a la obra de su gracia (n. 2008). El autor sale al paso de la sospecha de quietismo al final de este capítulo.

12. N. del T.: la fórmula resume a san Juan Crisóstomo, *Homilías sobre la Carta a los Romanos*, 32.

13. Gál 2, 20.

14. Creemos que no hay disposición mejor ni más indispensable para una vida de identificación con Cristo que haber adquirido, como un bien precioso, una verdadera devoción a Jesús, Huésped del corazón. De hecho, en la práctica, las almas suelen pasar por la etapa de una vida de intimidad amorosa con Jesús presente en el alma antes siquiera de pensar en una vida de identificación con Él. La vida de simple intimidad con Jesús, Verbo divino presente en nosotros, y la vida de identificación con Jesús, no solo presente, sino viviente y activo en nosotros, son dos grados sucesivos de una vida de unión perfecta con Cristo. Por eso, al comienzo de esta obra tratamos primero de la gracia santificante y de la presencia real de Jesús (y de las tres Personas) en el alma, antes de abordar el ideal de una vida de identificación con Cristo. Es interesante notar que, en la vida mística propiamente dicha, también el alma experimenta primero el sentimiento infuso de la simple presencia de Jesús y solo después, muchas veces *mucho después*, el sentimiento de la vida de Jesús y de su acción transformante.

Capítulo III. Retrato del alma identificada con Jesús

Vamos a trazar aquí, brevemente, la psicología de un alma cuya vida espiritual se resume en esta idea sencillísima: vivir para Jesús o, para ser más exactos, dejar que Jesús viva en mí. Este esbozo hará resaltar los rasgos de tal alma mejor que largos razonamientos.

Veamos, para empezar, cómo es su manera de orar, independiente del estado místico en que pueda hallarse o no.

Es claro que esta alma ya no ora por sí misma, como lo hacía antes; su oración no es solo suya, sino que es, ante todo, la oración de Jesús; podría decirse que es únicamente de Él. Sabe bien que no ora sola, sino que su Amado ora con ella. Por eso va a la oración con esta disposición. ¡Con qué alegría dice ahora «Padre nuestro, que estás en los cielos»! Dios es verdaderamente para ella «nuestro» Padre, el Padre de Jesús y el suyo propio. Ayudada por Jesús, que vive en ella, reproduce por instinto y poco a poco la oración de Jesús en el monte. Se olvida de sí misma, se olvida de sus intereses estrechos y de la mezquindad que mostraba en otro tiempo, y su oración se hace expansiva sin medida. Cuando adora, su adoración ya no es la que ofrece su propio pobre yo; es el inmenso culto que Jesús ofrece dentro de ella, en su nombre propio y en nombre de todo su cuerpo místico. En Jesús y con Jesús da gracias sin cesar, no tanto por los beneficios que ella ha recibido personalmente de Dios, cuanto por los que Dios ha prodigado a Jesús y a todos sus miembros místicos. Sobre todo, ama apasionadamente a Dios por Jesús y, en el Nombre de Jesús, lo ama también por esos incontables millones de hombres que no lo aman o que, ¡ay!, lo aman demasiado poco.

El alma que vive en nombre de Jesús ya no está agobiada por pensamientos de sí misma, ni hace de sí el centro de su oración; tampoco concentra su oración, como hasta entonces, en la corrección de sus fal-

tas y defectos; su oración no consiste principalmente en pedir gracias para sí y para otros. Su dicha es ahora contemplar y gozar las perfecciones infinitas de su Dios o de su amado Jesús. Le gusta perderse, olvidarse de sí, volviéndose a Dios en contemplación amorosa y admiración de las perfecciones divinas, como hacía el mismo Jesús en su oración al Padre durante su vida mortal. Porque las perfecciones divinas son desde ahora su riqueza, su tesoro, y en ellas hallará toda su felicidad.

Su oración a Nuestra Señora se ve afectada de igual modo, pues también aquí es Jesús quien ora por medio de ella. Lo siente sin lugar a dudas y no puede olvidarlo ni por un instante. Jesús le da, pues, el amor de un niño. Como en otro tiempo, mecido en los brazos de su Madre, le gustaba acariciarla y abrazarla, así en esa alma y por medio de ella la acaricia todavía; la abraza o descansa amorosamente en sus brazos. Y María devuelve estas caricias como solía devolver las de su Niño Cristo. Se hace tan dulce, tan deliciosa, tan encantadora, tan íntima, que hay momentos en que el alma se siente transportada de gozo, porque María se le muestra ahora con tanta viveza como su madre, su verdadera madre. Nuestra Señora se ha vuelto para el alma una realidad tan viva que le parece no haber conocido nunca de verdad el amor de una madre. En el pasado, María no significaba nada para ella, pero ahora ha asumido en verdad para con ella el oficio de madre. «¡Ah! No conocía a mi madre, exclama a veces el alma, pero ahora la he encontrado de veras».

Estos son algunos de los rasgos principales de la oración de tal alma. Pero, en realidad, su oración no se limita a las horas fijas de trato formal con Dios. Todo el día se va haciendo poco a poco una oración ininterrumpida. Siendo plenamente consciente de la presencia de Jesús y de su acción en ella, ¿cómo podría dejar de acordarse de Él? Aborreciendo como aborrece todos los intereses personales y viviendo solo para Jesús y en Él, le sería imposible no vivir de continuo, o casi, con Jesús. En el ardor de su amor le parece que no vivir con Jesús es no vi-

vir para Él. Solo su compañía da encanto e interés a todas sus acciones, de cualquier clase que sean, y su ansioso deseo de agradar en todo a su Amado no le permite perderlo de vista por mucho tiempo. ¿Quién podrá expresar, entonces, la hondura y la ternura de su intimidad con Él? Todo lo hace junto con el Amado de su alma: acude a cada acción de la mano con Él. Además, es muy probable que el mismo Jesús la ayude poderosamente a mantener viva la memoria y la conciencia de su divina Presencia. La hace subir, peldaño a peldaño, los grados de la vida y de la oración místicas, y le concede el precioso don de una «quietud activa» cada vez mayor y más habitual. Pronto las ocupaciones que más distraen dejan de absorberla; en lo más íntimo de su corazón está siempre unida en acto con el Maestro, hasta que apenas percibe diferencia entre las horas de oración y las horas de trabajo o de recreo.¹

No es solo con Jesús con quien el alma habita y trata sin cesar. Unida a Él y en su Nombre, habla de continuo al Padre y al Espíritu Santo.² Lo hace con toda sencillez, sin ruido de palabras. Es como una mirada amorosa, un volverse silencioso del alma y de Jesús hacia Dios que, aun siendo silencioso, es sin embargo elocuentísimo. A cada hora del día ofrece al Padre las acciones, las oraciones, los sufrimientos, las aspiraciones amorosas, los deseos que Jesús produce en ella y que son como otras tantas expresiones de su amor a Dios.³ Expresiones muy insuficientes, ¡ay!, y muy deslucidas por la imperfección del instrumento empleado, pero ella sabe que, con todo, son aceptables a Dios. Por eso busca algo todavía mejor que ofrecer: se ofrece a sí misma sin cesar, en unión con el Corazón de Jesús, que es Él mismo la fuente infinita de su amor. Ofrece, a su vez, su incomparable pureza, su entrega sin límites, su insondable humildad y todas sus infinitas perfecciones. Las ofrece al Padre, en primer lugar, para satisfacer los ardientes deseos de Jesús y, después, para reparar y, en cierto modo, ahogar en estos abismos los pecados del mundo entero. Sobre todo, se deleita en ofrecer a Dios el amor de Jesús moribundo en la Cruz, cuando, en un acto

supremo de sacrificio, dio la más sublime expresión al amor de su divino Corazón. ¡Con qué emoción y con qué confianza amorosa dice al Padre: «Mira a mi Jesús que muere por Ti. Te lo doy. ¿No satisface tus deseos su amor sin límites? ¡Ah, mira cómo ruega por la salvación del mundo entero! ¿Podrás rechazar su amor y negarte a escuchar su súplica?». En una palabra, el día del alma identificada con Jesús es más que una oración continua: es una ofrenda y como una Misa continua. El Santo Sacrificio de cada mañana, al que se une o que por razón de su ministerio sacerdotal celebra cada día, es solo el punto culminante y el momento más solemne de ese sacrificio continuo.

De este modo, el amor tiene que crecer continuamente en el alma. Impregnará su vida y todo su ser. Su amor ya no será débil, mezquino y mezclado de egoísmo, como en el pasado, cuando amaba, es cierto, a Dios sobre todas las cosas, pero se las arreglaba para amarse también a sí misma de algún modo independientemente de Dios. ¿Cómo podría Jesús aprobar tal amor o darle expresión por medio de ella, Él que en todas las cosas no ve ni ama sino a su Padre celestial? Jesús no podía vivir en ella con ese amor viciado e interesado. Por eso inflamó el alma con su propio amor, haciéndole ver todo a la luz de su resplandor. Y ahora, amando con el amor de Jesús, aborrece su detestable yo y, enemiga del robo en el holocausto,⁴ emprende el vuelo hacia el Dios de su corazón. Como Jesús, y por Él, ama a Dios, y a Dios solo. Todo lo demás ha desaparecido de su vista. Nuestra Señora, los santos, el mundo entero no son sino otras tantas manifestaciones y refracciones de la Amabilidad divina. Para ella, Dios es la Belleza, Dios es la Bondad misma, la fuente de todo lo amable, puro y santo. Es a Dios a quien ve y ama en toda criatura. Y, lo más asombroso de todo, algo que en otros tiempos ni habría soñado, su amor se ha hecho tan puro que, incluso al amarse a sí misma, es a Dios a quien ve y ama. Animada y vivificada por Jesús, amando solo por Él, huiría con horror del menor movimiento de complacencia al contemplar ese Yo, antes objeto de sus afectos. Dios es su todo y, como lo discierne en todas las co-

sas, bajo cualquier disfraz que tome, se pierde sin cesar en efusiones de amor. Cristo ha hecho que su amor ilumine el alma. Ha llegado al cuarto y último grado de amor de que habla san Bernardo, que consiste en amar solo a Dios.⁵

Jesús ama en ella; desde ahora amará a Dios no solo como su único bien, sino como su propio bien, como su posesión propia en todo el sentido de la palabra. Este es el verdadero amor de unión, el amor con que Jesús ama a su Padre. Sabe que Dios es suyo, que le pertenece. Lo posee; Jesús se lo ha dado al darse a sí mismo. Puede decir: *Deus meus et omnia*,⁶ «¡Oh Dios mío, Tú eres todo mío, enteramente mío!». Y esto es lo que, sobre todo, la llena de dicha y de amor arrobadores. Ha arrojado sus andrajos de mendiga, la apariencia de virtud que antes la llenaba de secreta complacencia, y no volverá a mirarlos jamás. Se ha hecho reina, y los tesoros del Rey son suyos. Ama como propios, como algo del todo personal, los atractivos y las perfecciones infinitas de Dios y de Jesús, su Esposo. Jesús le ha dicho: «Deja todos tus falsos tesoros de antaño, abandónate a ti misma sobre todo, y yo me daré a ti. Todo lo que es mío es tuyo. Ámalo como posesión tuya». Este intercambio sublime e increíble se propone al alma y lo lleva a cabo Cristo por la inmensidad de su amor. Y el alma, ante un exceso tan inefable del Amor divino, queda perdida de asombro. En otro tiempo se las arreglaba para amar ese yo feo, esa úlcera viva, por horrenda que fuera. No es de extrañar, pues, que ahora, por momentos, se derrita sencillamente de amor ante la vista de la infinita amabilidad que la atrae y la cautiva.

Por eso, el conocimiento de sus imperfecciones y defectos naturales ya no la aflige. Antes, el sueño de su vida era sacudirse esas miserias y reemplazarlas poco a poco por una belleza de su propia hechura, en la que pudiera complacerse en secreto. Pero, en lugar de esa belleza imperfecta con que soñaba, Dios le dio su propia belleza, cuya indecible hermosura la llena de increíbles transportes de amor.

El verdadero amor es don de sí mismo. Amamos en la medida en

que nos damos a otro. Solo amamos por entero cuando nos damos sin reserva alguna. Por eso, como dice monseñor Gay en sus memorables páginas, la cumbre del amor, su coronamiento, es la vida de abandono. ¿En qué consiste esta vida de abandono, superior al amor a los sufrimientos y más elevada que cualquier otra forma de espiritualidad? Consiste en la entrega de sí, definitivamente completa, inspirada por un amor ardiente. El alma se entrega sin reservas a su Amado, para llegar a ser posesión suya. Pues bien, ¿no es esto exactamente lo que hace un alma cuyo ideal siempre presente es identificarse con Jesús y hacerse una con Él en la más estrecha unión? Toda su vida consiste en abandonarse a Jesús. No admitiría a sabiendas, por nada del mundo, un solo deseo, un solo temor, un solo pesar que Jesús no inspire. Todos sus deseos tienden a su aniquilación, a poner a Jesús en lugar de sí misma. Cada instante repite la inmolación de todo su ser, cada acción es como una efusión de sí misma y una fusión de su vida con la de su divino Amigo. En todo momento su voluntad encuentra y abraza la de Jesús, y en este abrazo perpetuo fluye su vida, produciendo una existencia verdaderamente sublime y un preludio de la que la espera en el Cielo. ¡Feliz alma, que así ha salido de sí misma: ha alcanzado lo que con tanto acierto se ha llamado el éxtasis «espiritual»! ¿Qué importa que esté o no favorecida con el éxtasis corporal? Está plenamente dispuesta para la transformación final en Jesús, el favor señalado de la «unión transformante».

El alma ha llegado de veras a la cumbre más alta del amor y desde ahora solo languidecerá de amor. Está enamorada de Dios, irrevocable y violentamente enamorada, y solo el encuentro cara a cara en el Cielo la saciará. *Caritas Christi urget nos:*⁷ el amor apasionado de Cristo a su Padre ha invadido su corazón y penetrado todas las fibras de su ser. No le dejará reposo. *Vulnerasti cor meum in uno crine colli tui.*⁸ Las perfecciones divinas, que ha entrevisto de vez en cuando, han herido su corazón con una herida que nunca se curará. Porque nunca, ¡ay!, amará a Dios, el infinitamente amable, en toda la medida de sus deseos. Su

amor será a la vez su Calvario y su Tabor, su mayor sufrimiento y su más exquisito deleite. Consumida por la fiebre del amor, exclamará a menudo con santa Teresa: «Muero porque no muero», es decir, «mi vida es una agonía prolongada, porque no puedo morir de amor».

¿Quién puede describir la humildad de un alma que vive en nombre de Jesús? ¿Qué es la verdadera humildad sino el amor de Dios hasta el desprecio de sí? ¿No desea tal alma ardientemente, cada día de su vida, no ser nada, para que Jesús lo sea todo en ella? Desde el día en que resolvió poner a Jesús en lugar de sí misma, identificarse con Cristo, no ha conocido otra ambición ni otro ideal. Se entregó a la humildad de una vez para siempre. No ser nada y no contar para nada la llena de un gozo intenso, del todo desconocido para las almas ordinarias.

Mejor que otras, ha aprendido el secreto de la verdadera «humildad de corazón». Cada nueva revelación de su miseria e imperfección propias, en lugar de turbarla, le da alegría. Ama y agradece esas miserias que Dios permite. ¿No pone de relieve la hondura de su pobreza la amabilidad infinita de Dios? ¿No recibe su Amado, por este medio, satisfacción por toda la gloria que ella le quitaba en otro tiempo con su vanidad o su secreta complacencia en sí misma? ¿No consiste de veras su felicidad en ver que Dios lo es todo y todo lo demás es nada? ¿Que, fuera de Dios, todo lo creado es mero polvo? Si algo pudiera turbarla, sería oír que Dios no lo es todo, que además de Él hay otra cosa, por pequeña o insignificante que sea. Pero sabe que esto no puede ser. Su gozo y su gloria consisten en comprender que Dios, el Infinito, triunfa sobre todo; el Ser y la Bondad, sobre la nada y el mal.

Ha renunciado a su propia gloria y se ha enriquecido en grado infinito, pues considera como propia la gloria del Altísimo. La gloria infinita y esencial de la adorable Trinidad, la gloria que dan a Dios nuestro Salvador Jesús y las innumerables legiones de ángeles y santos, es lo que constituye su gloria. Este es su orgullo, y solo en esto halla una secreta complacencia. Comparada con esto, cualquier alabanza que re-

ciba de los hombres le parece ahora pura burla.

Parece humilde por naturaleza, pues nadie se da tanta cuenta de su miseria y pobreza. Su deseo dominante es dejar que Jesús penetre su vida, que exprese en ella su profunda humildad, su exquisita caridad, su perfecto olvido de sí. Y sin embargo, a pesar de esto, a veces queda muy por debajo de lo que se ha propuesto. A menudo, durante el día, su feo Yo vuelve a aflorar, y muchas veces se pone en lugar de Jesús. Pero la conciencia siempre presente de Jesús que habita en ella le revela en seguida cada nuevo intento de su vida natural y egoísta por recuperar el antiguo dominio. Le da la preciosa intuición de todo lo que no está del todo bien, de todo lo que «no es Jesús» y no podría ser Jesús en ella. Un sentimiento pasajero de vanidad, un impulso casi imperceptible de buscarse a sí misma o un leve movimiento de impaciencia, meramente físico, lo reconoce ella al instante y, sin esfuerzo alguno de examen, percibe de inmediato que tal pensamiento o movimiento no habría podido proceder de Cristo que vive en ella. Su vida, su mismo aliento, debe ser «Cristo», pura y simplemente. *Mihi vivere Christus est.*⁹ Sabe que Jesús se sirve de ella para glorificar a su Padre y es como un himno continuo que Él canta a Dios, aunque por desgracia introduce muchas notas discordantes en lo que debería ser un canto perfecto de alabanza.

Sin embargo, aunque es consciente de su extrema pobreza, no por eso deja de confiar plenamente en su Padre celestial; o más bien, precisamente porque se siente tan pobre y miserable, confía más en Dios. Perdió la fe en sí misma hace mucho; ya no tiene esa confianza en sus virtudes que era el gran enemigo, el principal obstáculo para una pura confianza en Dios. No espera nada de sí misma, sino todo de Dios. Lo espera todo porque ha experimentado íntimamente la bondad infinita de Dios, tan distinta de toda bondad terrena, tan amorosamente descendiente con lo más vil y pobre.

Además, su esperanza no vacila nunca, porque sabe que nunca está sola; nunca va sola a su Padre celestial, sino siempre con Cristo, su

Amado. En Él y por Él está segura de ser bien recibida y abrazada con cariño. No es más que una pobre mendiga andrajosa. ¡Qué importa! Puede presentar al Rey del Cielo, con confianza sin límites, los méritos infinitos de Jesús, en los que ha fundido todas sus miserias y sus faltas. Ofrece confiada al Padre las deliciosas y fragantes flores de todas las virtudes de su Esposo, y en este ramillete se cuida de ocultar los cardos de sus propias pobres virtudes. Sobre todo, le ofrece la joya sin precio del corazón infinitamente amable y amante de Jesús, en el que está sepultado el suyo, y siente que en Jesús puede satisfacer su deseo de amar al Padre con un amor sin medida. Si quiere obtener algo de Dios, está segura de ser oída. ¿No dijo el mismo Señor: «Todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, os lo dará. Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre; pedid, para que vuestro gozo sea completo»?¹⁰ ¿Por qué, entonces, habría de dejar de recibir, si es el mismo Jesús, objeto de la eterna complacencia, quien suplica a su Padre en favor de ella? Rechazarla sería rechazar a Jesús. En cuanto a ella, ya no merece, como tantos, este reproche del Señor, ni siquiera sabe lo que es pedir a Dios sino en Jesús. Desde hace mucho tiempo, no solo sus oraciones, sino su vida misma, están en el Nombre de Cristo.

Digamos también una palabra sobre la nobleza y la grandeza del alma que se identifica con Cristo. Por lo ya dicho podemos ver cuánto se ha ensanchado y ennoblecido su vida. Desde el día en que empezó a vivir para Jesús se han abierto ante ella horizontes nuevos y cada vez más amplios. Como la pequeña luciérnaga, estaba acostumbrada a ver solo el círculo estrechísimo que alumbraba su lucecita, pero ahora vive en la plena claridad del sol; todo resplandece con su fulgor; ve con una visión más amplia. Un mundo nuevo se ha desplegado ante ella, todo radiante de luz celestial. Lo ve todo desde el punto de vista de nuestro Salvador; sus intereses mezquinos y egoístas se han cambiado por los intereses de Jesús; su amor abraza el mundo entero; es reina del vasto universo, y su derecho al título es Jesús. Sabe que hasta los últimos confines de este gran mundo, dondequiera que palpita la vida

de Jesús, puede hacer sentir su influencia; sabe que por Él puede ayudar a santificar las regiones más remotas de la tierra. Unida a Jesús y a todo su cuerpo místico, posee no un solo corazón, sino millones de corazones, que quisiera hacer latir con amor divino; posee millones de vidas, que ofrece a Jesús para que las transforme. ¡Cómo se regocija al pensar que así puede multiplicarse mil veces, amar a Dios en millares de corazones y saciar de este modo su sed de amor! Pero, al mismo tiempo, ¡qué fuente de sufrimiento! Con el Apóstol exclama: «¡Oh hijos míos queridos, a quienes, en medio de los dolores, de nuevo engendro para Cristo!». ¹¹

¿Qué necesidad hay de destacar la felicidad de un alma enteramente consagrada a Jesús y que vive en su Nombre? ¿Quién podrá describir la alegría de un prisionero que, después de una vida consumida en un oscuro calabozo, es puesto de pronto en libertad y devuelto al aire libre? También el alma fue cautiva de una vida demasiado personal y estuvo encerrada en el limbo de una espiritualidad estrecha y «demasiado subjetiva». Ahora es vida al aire libre, bajo el sol fuerte del mundo de Cristo. El alma, en su vida cautiva, se ahogaba, pero ahora ¡cómo comienza a ensancharse su corazón y qué fuerte y gozoso es su latido! La grandeza de la vida que vive es inconmensurable: es la vida del mismo Jesús. Agradar a Dios, alegrar a su Padre celestial y, al hacerlo, regocijar el corazón de Jesús, su Amado: esta es ahora la anchura de su vida. Un gozo de esta naturaleza no faltará jamás; es y será siempre feliz, porque sabe que, a pesar de sus miserias, puede siempre, por Jesús, agradar al Dios a quien tanto ama.

Hay un gozo infinitamente refinado y muy sublime, pero por desgracia demasiado poco conocido incluso de las almas fervorosas. Este exquisito gozo, experimentado en lo más hondo del alma, es el que nace del odio y del desprecio de sí. ¹² Solo lo conocen los iniciados, los que están enamorados de Dios. El alma perfectamente unida a Jesús, sin embargo, lo conoce bien. Su Amado, que vive en ella, la ha enamorado tanto de las perfecciones de su Padre que todo lo demás le parece

feo y despreciable; y su propia deformidad, que por contraste realza la belleza de su Dios, es causa de su dicha. En su pasión por Dios se alegra de verse tan poco hermosa y llena de defectos; y lo que causa pena a las almas mediocres y centradas en sí mismas es para ella fuente de un gozo secreto.

Pero la felicidad esencial y fundamental de tal alma hay que buscarla aún más arriba: en Dios mismo. El amor de Jesús que consume su alma la ha unido íntimamente a Dios. Dios ha ocupado en su corazón el lugar del yo; se ha hecho su otro yo. Dios, sus perfecciones infinitas, su Belleza, su Bondad, su Poder, su Sabiduría, su Inmutabilidad, su Felicidad infinita: esto constituye su propia felicidad. ¡Dios es Dios!¹³

Este gozo supremo de los santos se ha hecho su dicha más pura, y lo encuentra en todas partes; descubre un rayo de él en toda criatura. Todo lo que la rodea le parece rebosante del amor y de la felicidad de Dios. Y de la fuente de la dicha de Dios bebe largos sorbos de alegría, hallándola en todo, pero sobre todo en las bellezas de la naturaleza, que nunca se cansa de admirar con amor. Cada flor, cada brizna de hierba, cada insecto le dice: «¡Mira qué hermoso es Dios! ¡Qué grande y qué dichoso!». Y este supremo éxtasis del alma es inmutable como la felicidad del mismo Dios. Desde ahora nada puede turbar su paz y su gozo, pues están a salvo en la región serena de las perfecciones divinas, muy por encima de las oscuras sombras de las vicisitudes. Su felicidad se identifica con la del mismo Dios. Es inmutablemente feliz porque sabe que su Dios es infinita e inmutablemente feliz.

Puede sufrir, y sufrir mucho; puede consumirse en un lecho de dolor; puede ver la horrenda exhibición de sus propias pequeñas faltas o el triunfo del vicio a su alrededor. Nada puede siquiera rizar la superficie límpida del hondo lago de su felicidad. El Dios a quien ama, y con quien se ha hecho una, es feliz. Esto le basta: *Sufficit mihi si Deus meus vivit*: «Para mi felicidad basta que mi Dios amado viva».¹⁴

1. La oración activa de quietud es un grado inferior de unión con Dios; en otras palabras, es la oración mística de quietud que se prolonga más allá de las horas de oración y que se apodera del alma en medio del trabajo activo.

2. Unas almas, como, por ejemplo, sor Isabel de la Trinidad, en unión con Jesús, adoran y aman de manera particular a la Trinidad dentro de sí mismas. Otras, mientras tratan con Jesús en su interior, se inclinan más a conversar, en su nombre y por Él, con Dios, a quien sienten presente cerca de sí y a su alrededor, y en quien se sienten sumergidas como en un océano de amor. Sería interesante estudiar a este respecto las diferentes mentalidades de las almas. Muchas influencias contribuyen a llevarlas hacia su forma particular de devoción, pero las atrae principalmente, creemos, la naturaleza de las gracias místicas que han recibido, pues la Presencia de Dios puede manifestarse con más claridad cerca de ellas que en ellas, o viceversa.

3. «Cuando la gracia y el amor se apoderan de todo en nuestra vida, dice con mucha verdad dom C. Marmion, toda nuestra vida se convierte en un himno perpetuo a la gloria de nuestro Padre celestial. Por nuestra unión con Cristo puede compararse a un incensario del que suben perfumes sumamente gratos a Él: *Christi bonus odor sumus Deo*» (*Jesucristo, vida del alma*, II, cap. 6).

4. N. del T.: Is 61, 8 (Vulgata: *odio habens rapinam in holocausto*). Es decir, sin guardarse nada de lo que ha ofrecido a Dios.

5. N. del T.: san Bernardo, *Sobre el amor a Dios (De diligendo Deo)*, cap. X.

6. N. del T.: «Dios mío y mi todo», jaculatoria que la tradición franciscana pone en labios de san Francisco de Asís. El autor la glosa libremente.

7. «La caridad de Cristo nos apremia» (2 Cor 5, 14).

8. «Heriste mi corazón [...] con uno de los cabellos de tu cuello» (Cant 4, 9).

9. «Para mí la vida es Cristo, y la muerte, una ganancia» (Flp 1, 21).

10. N. del T.: Jn 16, 23-24.

11. N. del T.: Gál 4, 19.

12. N. del E.: el «odio de sí» es lenguaje del Evangelio (Lc 14, 26; Jn 12, 25) y recae sobre el yo desordenado por el amor propio. No contradice el justo amor de sí mismo, que el Catecismo llama «principio fundamental de la moralidad» (n. 2264). El camino de la perfección pasa por la renuncia y conduce «a vivir en la paz y el gozo de las bienaventuranzas» (n. 2015).

13. El reverendo P. Bernadot ha descrito espléndidamente las alegrías del alma uni-

da a Jesús y a Dios, alegrías que muchas almas fervorosas apenas conocen. Cf. su excelente folleto *De la Eucaristía a la Trinidad*, cap. III, «Mantener la unión», 8: «En la alegría».

[14](#). Otros detalles sobre la vida de identificación con Cristo se hallarán en nuestro libro *Trust*.

Capítulo IV. Ventajas de un camino espiritual de identificación con Cristo

Hemos intentado trazar a grandes rasgos el cuadro de un alma cuya vida espiritual se resume en la identificación con Cristo. El rasgo sobresaliente de este bosquejo es, a nuestro parecer, que la marca distintiva de la vida unitiva está impresa en todas las virtudes de tal alma. Antes albergaba sentimientos propios sobre todo de la vía purgativa o de la iluminativa. Ahora su corazón vibra con aspiraciones más nobles y más puras, fundadas en la conciencia muy clara de que es una con Jesús, de que todo lo que pertenece a Jesús es suyo, de que todas las perfecciones de Dios son suyas. Jesús le ha infundido su amor unitivo, ella ama con el amor del mismo Jesús, y todas sus virtudes han sentido sus felices efectos. Su oración consiste ahora en contemplar amorosamente las perfecciones divinas y hallar en ellas su deleite. No se contenta con amar a Dios sin más; ha de amarlo como posesión suya. Se deleita amorosamente en Dios. En consecuencia, su dicha consiste menos en servir y agradar a Dios, que sigue siendo una dicha demasiado subjetiva, que en ser feliz con la felicidad del mismo Dios. Todo en la vida y en la naturaleza le da alegría, porque todo le habla de la grandeza, la hermosura, la sabiduría y la felicidad divinas. Su humildad es también una forma de amor unitivo. Se desprecia de buena gana y se tiene por nada, porque Dios lo es todo para ella.

Todos sus sentimientos son característicos de la vida unitiva. Son, además, nuevos para ella, y este sentido de novedad es lo que más impresiona a quienes dan sus primeros pasos por el camino espiritual de la identificación con Jesucristo. En algunos casos, a los pocos meses, su vida parece del todo transformada. Todo ha tomado otro aspecto. ¡Todo parece tan sublime, tan divino! Tienen la impresión de estar sumergidos y abrumados por la sublimidad. Así impresiona la grandeza

de la naturaleza al atrevido alpinista cuando, tras cruzar morrenas y glaciares y bordear espantosos precipicios, descubre de pronto, desde la cima de un pico, el magnífico panorama que se extiende a su alrededor.

Este sentido de novedad es fruto del carácter unitivo del camino espiritual de que hablamos. Los sentimientos que el alma experimenta le son en gran parte nuevos. Ni siquiera sospechaba su existencia antes, cuando caminaba por la vía iluminativa. ¿Hay motivo para extrañarse? Hasta ahora nunca le habían enseñado a alegrarse con Jesús de la felicidad infinita de Dios o de la Santísima Virgen, ni a hallar consuelo de sus sufrimientos, y hasta de sus faltas e imperfecciones, en la idea de que nosotros importamos tan poco. «Dios es feliz, Dios es Dios; con esa felicidad me basta». Nadie le había propuesto buscar su dicha en el homenaje perpetuo que las Personas de la Santísima Trinidad se rinden entre sí, y no en sí misma ni en la alabanza de los hombres; alegrarse profunda y constantemente con Jesús al pensar en la hermosura, la amabilidad, el poder, la sabiduría, etc., del Padre celestial; gozar cada una de sus perfecciones divinas como si fuera suya; sentirse transportada de gozo al pensar que Dios Padre es infinitamente amado por Jesús, y Jesús por Él; dar gracias a Jesús en un tierno abrazo por su gran amor a su Padre y a su Madre bendita; y, por último, respirar, por así decir, la felicidad de Dios en la naturaleza, que nos lo recuerda. Sentimientos como estos rara vez se mencionan en las instrucciones espirituales. Muy pocas veces los encontramos en los libros de meditación, y aun entonces apenas esbozados. Los pensamientos y afectos que invariablemente se sugieren están en armonía con las vías purgativa e iluminativa, y casi siempre se dirigen a corregir algún defecto o a adquirir alguna virtud. Los sistemas de espiritualidad de hoy, al menos en su exposición, giran con demasiada frecuencia en torno al alma; están, por así decir, demasiado *centrados en sí mismos*. Deberían ser más «*crístocéntricos*» o «*teocéntricos*». ¡Cuánto se ganaría apartando un poco al alma, para que pueda ver desde el punto de vista de Dios! ¡Qué bue-

no sería, al menos a veces, levantar una punta del velo que oculta las regiones de la santidad y mostrar que allá arriba, más alto que las nubes y las tempestades, hay cumbres de deslumbrante belleza por escalar, donde el aire es más vivo y el amor más puro!

Pero vayamos un poco más hondo, a la raíz de las cosas. Una vida espiritual de asimilación a Cristo no solo favorece el desarrollo de sentimientos en armonía con la vida unitiva, sino que da al alma, en cierto modo, un suelo firme en ese camino. Pues desde el principio le hace renunciar a una vida centrada en sí misma para vivir puramente de la vida de Cristo. Exige la renuncia a todo lo que se oponga en ella a la unificación y a la identificación con Cristo. Según la doctrina de grandes maestros como santo Tomás, santa Teresa y san Juan de la Cruz, el alma se ha establecido definitivamente en la vida unitiva cuando no tiene apego voluntario a nada; cuando su voluntad es tan enteramente una con la voluntad divina que ya no tiene voluntad propia. La unión del alma con Dios supone la fusión de dos voluntades en una. Desde ese momento el alma ya no alberga, al menos voluntariamente, ningún sentimiento personal o egoísta de alegría, de pesar, de temor o de esperanza. No admite dentro de sí sino los pensamientos y los deseos de Dios. Tales son las condiciones de la vida unitiva.

Ahora bien, ¿qué es la esencia de una vida de identificación con Cristo sino el total despojamiento del alma para revestirse de Jesucristo? Desde el principio ha dirigido todas sus energías al cumplimiento de este fin: disminuir, morir, no ser ya nada, para que Cristo lo sea todo en ella. «*Oportet illum crescere, me autem minui*».¹ Lo que desea con todas sus fuerzas, y en torno a lo cual giran todos sus pensamientos y afectos, es renunciar a toda voluntad propia, a toda forma de vida de sí misma, para ser, y querer ser únicamente, lo que Cristo quiere ser en ella. «*Christianus alter Christus*»: «el cristiano es otro Cristo». Sabe que es un Cristo en formación y que, en su caso, la santidad consiste en hacer cada vez más sitio a Cristo, hasta ser como la Hostia en el Sagrario, que conserva las apariencias humanas, pero interiormente es

del todo divina, plenamente identificada con Jesús y plenamente transformada en Él.²

Esta concepción de la vida espiritual tiene todavía otras ventajas.

Ante todo, es admirable por su sencillez. Sería imposible hallar una forma de espiritualidad más simplificada. Todo el programa del alma queda condensado y concentrado en una idea directriz que es, al mismo tiempo, un ideal magnífico: «Renuncia a ti mismo para dejar que Cristo lo haga todo en ti. A cada hora, en cada acción que realices, di para tus adentros: “*Vivo, jam non ego, vivit vero in me Christus*”, “no viviré yo esto, sino que lo viva Cristo en mí”».³ Esta idea encierra en sí la práctica de todas las virtudes, una práctica tanto más perfecta cuanto que añade a cada acto de virtud un motivo de amor. Tal alma no necesita largos razonamientos para animarse a la paciencia, a la humildad, a la caridad o al olvido de sí. Le basta ser fiel a su deseo de dejar que Cristo produzca en ella su paciencia, su humildad, su caridad y todas sus virtudes. Le basta la simple conciencia de la presencia en ella de su Amado, el recuerdo de Él. Antes su espiritualidad era más complicada. Le gustaban los tratados en que se discuten largamente las ventajas y la belleza de las virtudes, así como los peligros del vicio opuesto a cada una, tratados de los que santa Teresita del Niño Jesús decía que quizá fueran buenos para otros, pero que a ella no le despertaban simpatía. Antes el alma se animaba a practicar virtudes más altas con una imitación de Jesús que bien puedo llamar imitación *ab extra*. Jesús era su modelo, pero fuera de ella, un modelo cuyas virtudes divinas se esforzaba por reproducir a la manera de un pintor que copia del natural. Una imitación de este tipo resulta algo fría y desabrida. Pero ahora Jesús significa para ella algo muy distinto. Imitar a Jesús ya no es copiar a Jesús, sino ser transformada en Jesús, hacerse Jesús. Ya no es sacar a la luz en sí misma los rasgos del Modelo amado, sino dejar que Cristo se desarrolle y se reproduzca en ella. Es la imitación *ab intra*. No se trata de asemejarse solamente a Jesús, sino de ser una con Jesús, el Hombre-Dios. ¡Oh, cuánto más sublime es esta vida de transforma-

ción, y cuánto más dulce y atractiva! No es de extrañar que el alma se consuma del todo en un ardiente deseo de borrar su horrible yo y morir para permitir que Jesús reproduzca en ella sus virtudes divinas. No necesita hondas consideraciones para animarse a la difícil práctica de la virtud. Transformarse por entero en Jesús es el único pensamiento que la fascina y la dispone a cualquier sacrificio.⁴

¡Qué ideal para una criatura humilde, ser cambiada en Jesús por una transformación tan maravillosa! Este ideal es admirablemente apto para cautivar a un alma generosa y llevarla a la más alta perfección. Es un ideal excelente, sobre todo para el alma de todo sacerdote. Pues, si hay alguien a quien su misma manera de vivir y su vocación parecen llamar a una vida de identificación con Cristo, es sin duda el sacerdote. Exteriormente su vida es la de Jesucristo. ¿No son todas sus funciones oficiales, la Misa, la administración de los sacramentos, las oraciones de la liturgia, la esencia de una vida vivida en nombre de Cristo? Todo sacerdote fiel a su vocación lo admitirá sin dificultad. Entonces, ¿por qué no ha de aspirar a conformar su interior con su vida exterior? ¿Por qué no desear con toda el alma revestirse de Jesucristo lo más plenamente posible, ser Cristo *«por dentro»*, llegar a ser, como dijimos antes, semejante a la Hostia que cada mañana transforma en Jesucristo? Una forma de espiritualidad así ha de atraerlo vivamente, ya que resume toda la vida como un proceso de transformación en Cristo por identificación con Él. Esta parecería ser la forma misma de vida espiritual que mejor conviene al alma sacerdotal.

Es queja general que haya tan pocos hombres de Dios. Muchos sacerdotes y religiosos de ambos sexos que al principio parecían llenos de promesas parecen, por así decir, detenerse a mitad de su carrera y no alcanzar nunca la perfección. Se procura averiguar por qué se detienen antes de llegar a la perfección. Nos preguntamos si, al menos en parte, no se deberá al modo de espiritualidad que se les ha presentado. No podemos negar que una espiritualidad de cierto tipo parece detenerse, o casi, en el umbral de la vida unitiva. Ha ayudado al alma a pu-

rificarse, a adquirir hasta cierto punto las virtudes cristianas. La ha llevado sin riesgo a través de las etapas de las vías purgativa e iluminativa. Debería conducir más lejos, *ad excelsiora*, sacando al alma de sí misma para vivir ante todo una vida de unión. Si queremos enseñarle a salir de sí misma, hemos de enseñarle también a gozar de Dios. Ha de recibir alguna iniciación en la vida de unión. Pero por desgracia estas formas de espiritualidad se detienen en el umbral mismo de la vía unitiva. Son de carácter demasiado negativo. Para suscitar entusiasmo en el alma y llevarla a las cumbres, hace falta algo más positivo, algún ideal muy noble y muy sublime. Por falta de este ideal, muchas almas se detienen poco a poco en su camino y acaban casi estancadas. En este punto de su vida espiritual, si se les hubiera propuesto el gran ideal de san Pablo, una vida vivida en nombre de Cristo, o siquiera se les hubiera dejado entrever, habría habido muchas probabilidades de llevar a la santidad, al menos, a las más generosas de ellas.

Por eso podríamos recomendar esta espiritualidad paulina como complemento de otras muchas. Muchos tipos de espiritualidad ganarían inmensamente si los completara una forma de espiritualidad unitiva. Son muy buenos en sí mismos, pero se detienen, por así decir, a mitad del camino de la santidad. Unidos al camino espiritual de la identificación con Cristo, se convertirían en instrumentos mucho más poderosos de santificación.⁵

Uno de los muchos escollos que se encuentran en la vida espiritual, uno que se halla incluso en el umbral mismo de la santidad, es la excesiva preocupación por sí mismo. Muchas almas generosas, ya adelantadas en el camino de la perfección, no llegan a la cumbre porque están demasiado absortas en sí mismas. Piensan demasiado en sí mismas, analizan con demasiada minuciosidad sus sentimientos, se reprochan en exceso sus fallos e infidelidades, se inquietan demasiado por su progreso espiritual. Sin duda esto procede de su celo por la perfección y también de su amor a Dios, pero este amor no está suficientemente libre del amor propio. ¡Cuánto ganarían pensando menos en sí y más en

Dios! Deberían aplicarse las palabras de Nuestro Señor a santa Margarita María: «Olvidate por completo de ti y yo pensaré en ti». El gran arte es olvidarse por completo de sí. Este arte lo aprende casi sin darse cuenta el alma que busca vivir la vida de Cristo. Su gran ocupación es dejar a Jesús libre para vivir una vez más en ella sus alegrías, sus sufrimientos, sus esperanzas, sus amores. En cada momento procura ver las cosas desde el punto de vista de Él. Olvida sus intereses y fines individuales para abrazar los intereses universales de Cristo. Se olvida de sí con toda naturalidad, sin advertirlo. No hay lugar en su vida espiritual para una ansiedad excesiva, ni siquiera por los intereses de su alma. No se mira a sí misma, porque tiene los ojos fijos en Cristo. Y esta actitud de ánimo es infinitamente preciosa, sobre todo con respecto a esas almas fervorosas y privilegiadas a quienes Dios colma de gracias especiales. Tales almas se sienten a menudo tentadas de volver los ojos sobre sí mismas, aun sin apenas darse cuenta, y de tomar una complacencia secreta en los dones recibidos.

Debemos decir también una palabra sobre el influjo que tal espiritualidad ejerce en la vida mística y en la oración mística. Hemos dicho ya que es de carácter claramente unitivo y muy apta para desarrollar la vida unitiva. Pero esta vida presupone, normalmente hablando, la vida mística en un grado bastante alto.⁶ Creemos, con maestros como el padre Garrigou-Lagrange, el padre Arinterro, el padre Lamballe y otros teólogos cuyo número crece cada día, que el desarrollo *pleno* y *perfecto* de la vida espiritual presupone, *por regla general*, gracias místicas del más alto grado, que comprenden el matrimonio espiritual o unión transformante, la cual es la culminación normal de la perfección cristiana. Si es así, podemos afirmar *a priori* que un camino espiritual que hace al alma una con Cristo, en cuanto favorece el comienzo y el desarrollo de la vida unitiva impregnando al alma de sentimientos e ideas propios de esta vida, ha de favorecer también *ipso facto* esa expansión de la vida y de la oración místicas que esta vida unitiva normalmente presupone.⁷

Pero el influjo de este camino espiritual en la vida mística se percibirá todavía mejor si consideramos por un momento la vida mística en cuanto su desarrollo implica la idea de una pasividad cada vez mayor y de una docilidad cada vez más grande a los susurros del Espíritu divino.

La vida mística y la oración mística tienden a dar preponderancia a la acción de Dios en el alma, ya sea para la contemplación o para la acción. El influjo de Dios se hace sentir de manera infusa y cada vez más perceptible, mientras el alma se vuelve más y más pasiva. Dios se convierte en el autor principal de toda su actividad, y la parte del alma consiste en seguir los impulsos divinos. En una palabra, Dios quiere transformarla poniendo su vida y su acción en lugar de las de ella. Quiere serlo todo para ella, ser su único Maestro, y por eso le concede gracias místicas cada vez más preciosas, gracias a las cuales el alma percibe la vida y la acción de Él en un grado cada vez más penetrante.

¿Y no es este programa de Dios exactamente el del alma que busca identificarse con Cristo? También ella aspira solamente a disminuir, a perderse, a ser simplemente un instrumento de Cristo. *«Oportet illum crescere, me autem minui»*. Su ideal es el *«Vivo, jam non ego, vivit vero in me Christus»*: «Vivo yo, pero no yo, sino que es Cristo quien vive en mí». ¿Qué puede ser más favorable al desarrollo de la vida y de la oración místicas? ¿A qué alturas de esa vida no llegará un alma cuya aspiración, ideal y esfuerzo se funden con el fin que Dios mismo persigue sin cesar? Esta alma no pierde el tiempo en perseguir tal o cual virtud de su elección, ni en desear ciertas condiciones de un apostolado que quizá no entran en el plan divino. No se apeg a ningún consuelo ni a ningún don particular de Dios. Toda su vida espiritual consiste en estar atenta y dócil a la acción de Dios, en seguir todas sus inspiraciones, para ser ella nada y Cristo todo en ella. Su virtud predilecta no es la humildad ni la mortificación ni ninguna otra en particular; es una virtud que incluye todas las demás: una amorosa docilidad al Huésped de su corazón.

Pero la expresión misma «una amorosa docilidad», que resume con tanta exactitud los esfuerzos del alma, ¿no trae a la mente al mismo tiempo la idea de los dones del Espíritu Santo? Podemos decir, pues, que el camino espiritual en cuestión favorece singularmente el desarrollo y el gracioso influjo de estos dones, que son los grandes factores de la vida mística y hacen al alma cada vez más obedientemente amorosa y más amorosamente obediente a la más suave de las inspiraciones divinas.

En una palabra, los esfuerzos de Dios y los del alma tienden en la misma dirección, y la acción mística de Dios coincide perfectamente con la acción del alma. No hay, pues, derroche de fuerzas en la búsqueda de la perfección, ni avances inútiles en dirección equivocada. Nada se pierde. Las palabras del Apóstol se cumplen del todo en ella: «*Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum*», «todo concurre al bien de los que aman a Dios».⁸

Considerando las cosas desde el punto de vista psicológico, la espiritualidad de que hablamos y la vida mística han de influirse necesariamente la una a la otra. Por una parte, es fácil ver que el alma que busca sin cesar vivir la vida de Jesús más que la suya propia está mejor capacitada que otra para reconocer en sí misma los toques místicos, los menos perceptibles, de esta vida. Con toda su atención concentrada en la vida de Jesús en ella, en cuanto experimente el sentimiento místico de la vida y de la acción de Jesús lo advertirá y se abrasará en amor. Además, como desea no vivir ya sino en Jesús, acogerá con gran estima esos dones gratuitos de la liberalidad de Dios.

Por otra parte, el sentimiento pasivo de la vida de Jesús en ella influirá a su vez en su vida espiritual y la hará todavía más fiel a su ideal de transformación en Jesús. Con verdad podríamos decir que la vida mística no es otra cosa que el ideal paulino de la identificación con Cristo vivido de modo palpable y experimental. El alma mística no solo trata de hacer realidad el «*Vivo, jam non ego*», «vivo yo, pero no yo», sino que *siente*, hasta cierto punto, su realización dentro de sí. No

solo se entrega por entero a la acción de Jesús en su alma, sino que siente por experiencia esa acción, y esta experiencia pasiva es a veces inefablemente dulce. Es verdad que esto supone ya cierto grado de vida o de oración místicas. En la oración de quietud ordinaria, lo que el alma siente es la *presencia* divina en ella o cerca de ella. Apenas siente a Jesús *obrando* y viviendo en ella. Todavía no tiene conciencia por experiencia de que el amor infuso que la deleita o la transporta es el amor de Jesús que vive en ella. Una gracia así pertenece a un grado más alto. Es sobre todo después de la terrible «noche del espíritu», cuando es invitada poco a poco a los desposorios divinos e iniciada en sus misterios, cuando se siente de veras invadida por la vida de Jesús y por su acción transformante en ella.

Sin embargo, creemos que esta acción ya es algo perceptible en las formas más altas de la oración de quietud. Pero esto tiene poca importancia. Lo que queremos subrayar aquí es que las gracias místicas harán al alma todavía más fiel y más generosa en perseguir hasta el fin su ideal de transformación en Cristo. La hacen plenamente consciente de la realidad de la vida de Jesús en ella. Son como una confirmación, por vía de experiencia, de la espiritualidad que ha adoptado. El alma se estremece de felicidad al sentir latir en ella el corazón de Jesús, sabiendo de verdad por experiencia que es el mismo Jesús quien ha abraçado su corazón de amor a su Padre celestial. El pensamiento de que esta vida de Cristo en ella, que tanto ama, se ha vuelto, por así decir, palpable, la embriaga de gozo, y la esperanza de vivir esta vida por experiencia de un modo todavía más perfecto le hará anhelar intensamente cumplir el más pequeño deseo de su divino Amigo. Una sonrisa de Jesús, la satisfacción de su más leve deseo, valdrá para ella más que todo lo demás. De ahí que podamos esperar confiadamente que su Amado, al hallar un campo preparado para su actividad transformante, es decir, un alma ardientemente deseosa de ser transformada en Él y muy obediente a los impulsos divinos, llenará su alma de gracias todavía mayores. Le hará sentir con más intensidad, y experimentar en

su alma y hasta en su cuerpo, que es en verdad Él quien vive en ella y produce en su alma el amor apasionado y los ardientes arrobamientos que la transportan. Las desolaciones oscuras no harán sino reforzar, por contraste, esa conciencia de Jesús, no solo presente, sino viviente y amante en ella. Y así, paso a paso, por la oscura *noche del espíritu*, llegará, si Dios quiere, a los desposorios divinos y al matrimonio espiritual.

Hemos mencionado aquí la «noche del espíritu», la gran prueba de purificación pasiva con que Dios trabaja en lo más hondo del alma y la prepara así para la suprema ascensión y la transformación final. Esta prueba es terrible, un verdadero purgatorio aquí abajo, según san Juan de la Cruz, que describió la angustia de este sufrimiento en páginas inmortales. Los directores espirituales suelen sentirse impotentes para consolar al alma en esta fase de la vida espiritual. Dios la tiene bajo su cincel y la esculpe como Él quiere. Solo Él le ha infligido las heridas; por tanto, solo Él puede curarla.

Con todo, creemos que el alma firmemente arraigada en la idea de que Jesús vive en ella tiene las mejores posibilidades de atravesar estas tinieblas sin trastornarse demasiado y sin desalentarse nunca. La visión desgarradora de sus miserias, de su inactividad y de su completo desamparo tomará a ratos un aspecto terrible; tentaciones hasta entonces desconocidas la asaltarán con violencia. En el torrente de una luz secreta y cegadora de contemplación infusa, el alma verá, en relieve nítido y terrible contraste, la santidad deslumbrante de Dios y su propia pecaminosidad arraigada y su horrenda deformidad. Muy a menudo será atormentada por agudos sufrimientos de amor. Sufrirá la extraña tortura de estar hondamente enamorada de Dios y creerse sin amor. Ella, cuya vida misma era agradar a Dios, languidecerá y se consumirá bajo la obsesión de que es demasiado mala y fea para agradarle, y de que Dios ya no puede amarla. Azotada por los vientos y zarandeada en la tempestad, su pobre barquilla quizá se hundiría para siempre en las aguas hirvientes de la desesperación, si en lo más íntimo de su alma

no tuviera, por así decir, una esperanza secreta, o más bien un último destello, de la más pura confianza, que, aunque tímido y vacilante, no puede extinguirse y que le dice que Jesús, su suficiencia divina, le sigue siendo fiel a pesar de todas sus miserias y de todas sus faltas, conocidas y desconocidas.

Jesús sigue siendo para ella un ancla de salvación en la oscura y furiosa tempestad que amenaza con tragársela. ¡Ah, ciertamente Jesús, su divino Amigo, que antes le hacía sentir su deliciosa presencia y le hablaba con tanto amor, no podía abandonarla, ni la ha abandonado nunca! Él, que se identificó con ella y con quien ella a su vez se identificó, que le pidió un amor fiel y le hizo a cambio mil promesas de fidelidad inviolable, su amantísimo Jesús, no podía desampararla y dejarla a su triste suerte. Aunque todo haya desaparecido ahora en la oscuridad de la noche; aunque solo le quede un recuerdo vago y amargo de las gracias de otros días, aún recuerda con lágrimas que Jesús solía insistir en la confianza. Antes de que empezara esta gran tormenta, ¿no le había exigido cien veces una confianza absoluta y ciega, a pesar de todas las apariencias, una confianza libre de toda aleación terrena y fundada no en sus pobres méritos, sino enteramente en la bondad y la fidelidad de Él? ¿No le había hecho Jesús presentir en secreto, de este mismo modo, la tormenta que venía? Y, a pesar de todos los gritos de muerte que aúllan amenazadores a través de la noche, no puede, ni quiere, creer en el secreto de su corazón que Jesús, tan bueno y tan amante, la haya dejado a su suerte, que se haya alejado de ella, y sobre todo que se haya ido a escondidas, sin hacerle ningún reproche, sin siquiera despedirse de ella.⁹

Un mar de dudas y de angustia puede asaltar al alma; sufrirá en ciertos momentos el dolor agudo de verse abandonada, y con justicia, por el Padre celestial;¹⁰ sin embargo, espera contra toda esperanza, cree en el secreto de su alma, y de un modo casi subconsciente, que Jesús, cuya presencia no ha sentido desde hace mucho tiempo, no la ha abandonado y solo se esconde. La pobre doliente no se atreve a levan-

tar los ojos a su Padre celestial; en la amargura de su alma se golpea el pecho ante el Ser infinito cuya santidad la aterra; pero no tiene el mismo temor de Jesús. Jesús, el amigo de todos los momentos de su vida, su otro yo, Jesús que estuvo siempre con ella, su mediador y reparador en todo y para todo, Jesús no toma ni puede tomar a sus ojos un aspecto aterrador.

No, no teme a Jesús. Todavía cree, quizá sin saberlo y como por instinto, en su bondad y en su amor. ¡Pero qué angustia no poder encontrar a Jesús, que podría salvarla, consolarla, tranquilizarla y hacer que su Padre le fuera otra vez propicio! ¡Ah!, ¿dónde está Jesús? ¿Dónde está su Amado? Como la Esposa del Cantar, se levanta en vano de noche a buscarlo: «*In lectulo meo quaesivi per noctem quem diligit anima mea: quaesivi illum et non inveni*», «en mi lecho, por la noche, busqué al que ama mi alma: lo busqué y no lo hallé».¹¹ Estremecida de angustia y con grandes gritos, lo llama en lo más hondo de su alma, donde cree que está escondido. En la oscuridad de la noche aún le envía sus besos de amor angustiado. Todavía espera en secreto en su mediación y en su omnipotente poder de reparación. Y así, aferrándose desesperadamente a Jesús como a una roca de salvación, la pobre alma resistirá quizá durante muchos años todos los asaltos de la tempestad, hasta que la borrasca cese, rompa el alba y oiga de nuevo, con inefable felicidad, la voz de su Amado que le dice con amor: «*Surge, prospera, amica mea, columba mea, formosa mea, et veni. Jam enim hiems transiit, imber abiit et recessit. Flores apparuerunt in terra nostra. Ostende mihi faciem tuam, sonet vox tua in auribus meis*»: «date prisa, amor mío, paloma mía, hermosa mía, y ven. El invierno ya ha pasado, las tormentas han cesado, el dulce sol del amor brilla de nuevo en una deliciosa primavera. Ven, muéstrame tu rostro, y hablemos otra vez de amor, para que yo me una a ti con lazos eternos, los lazos del desposorio divino y de las nupcias místicas».¹²

1. Jn 3, 30: «Es necesario que Él crezca y que yo disminuya».

2. El padre V. Osende, O.P., en la conocida revista *La Vie Spirituelle*, de julio de 1921, ha sondeado y analizado magistralmente las etapas de la transformación del alma en Dios, basándose en san Juan de la Cruz.

3. Recordamos que esta era la práctica de san Vicente de Paúl. Antes de cada una de sus acciones se decía: «¿Cómo haría esto Cristo?».

4. Huelga decir que estas expresiones y todas las semejantes nunca deben tomarse en sentido perfectamente literal. La unión más estrecha con Cristo nunca llega a ser una identificación personal completa. Aunque unidos a *Él*, seguimos siendo nuestro frágil yo.

5. Muy distinto es el deseo que abrigan ciertas almas de alcanzar de golpe la cumbre de la perfección. Solo podemos llegar a la vía unitiva a través de la vía purgativa y de la vía iluminativa, es decir, mediante la extirpación de los defectos y la adquisición de las virtudes. La vía unitiva es la corona de la vida espiritual. Ahora bien, hay que echar cimientos sólidos y levantar muros fuertes antes de poder acabar un edificio. Esto no significa, sin embargo, que no podamos, desde el comienzo mismo, inspirarnos en los grandes dogmas de la presencia de Dios en nosotros por la gracia santificante y de la vida de Jesús en nosotros, miembros místicos de su Cuerpo, la Iglesia. Toda la vida espiritual debería concebirse y explicarse en relación con estas verdades sublimes, y debería amarse y practicarse como una vida de unión con Jesucristo. Las tres etapas, purgativa, iluminativa y unitiva, no se excluyen mutuamente; al contrario, se ayudan y se superponen entre sí. Véase en el *Messenger du Cœur de Jésus*, de enero de 1931, el interesante y juicioso artículo del P. L. Sempé, *Quelques précisions sur une méthode de spiritualité*.

6. Véase en la magistral obra del padre Garrigou-Lagrange, *Perfección cristiana y contemplación*, la síntesis muy esclarecedora que da en la Introducción.

7. Distinguimos aquí entre *oración* mística y *vida* mística, pues, como observa con mucho acierto J. Maritain en su excelente e interesantísimo artículo de *La Vie Spirituelle*, de marzo de 1923, un alma puede hallarse en el verdadero estado místico, gracias a los dones de consejo, fortaleza, temor, etc., sin gozar de la contemplación mística, que se debe a los dones de sabiduría y de entendimiento. Los primeros, por referirse a la vida activa, a veces se desarrollan solos, o en grado más alto que los demás dones, en las almas entregadas a una vida activa. Los segundos tienden, *caeteris paribus*, a destacar más en las almas contemplativas. No atender a esta distinción da lugar a muchas discusiones inútiles.

[8.](#) N. del T.: Rom 8, 28.

[9.](#) Lo que sin duda ayuda a sostener al alma en su inquebrantable confianza en Jesús es, a nuestro parecer, el hecho muy notable y bastante general de que el alma sumida en la noche del espíritu no recuerda ninguna infidelidad concreta que haya podido causar pena a su Amado. Se ve cubierta de úlceras, se considera una leprosa viva, y sin embargo no tiene conciencia de haber desagradado positiva y voluntariamente a Jesús en nada. Y, en efecto, nunca oye la voz de su divino Huésped reprochándole nada de importancia. Por eso, en los momentos de calma, no puede dejar de venirle el pensamiento de que Jesús no habría podido alejarse de ella para siempre, de manera tan secreta y casi imperceptible, sin reprocharle nada, sin intentar a toda costa salvar a su Amada. La madre Cécile Bruyère, abadesa de Solesmes, en su libro *La vie spirituelle et l'oraison d'après la Sainte Écriture et la tradition monastique*, ha observado, creemos que con mucho acierto, que esta ausencia de reproche en medio de tanta miseria es característica de la noche oscura del espíritu. ¿No ofrecería el reconocimiento de este fenómeno tan especial un precioso bálsamo a los directores espirituales para aliviar, si Dios quiere, las dolorosas heridas de un alma que agoniza en el tormento de esta terrible noche?

[10.](#) N. del E.: el autor describe lo que el alma siente en la noche del espíritu, en la que se juzga merecedora de ese abandono; no afirma que Dios la abandone. La sequedad es el momento en que la fe es más pura (Catecismo, n. 2731), y el Señor es fiel a sus promesas (n. 2091).

[11.](#) N. del T.: Cant 3, 1.

[12.](#) Cant 2, 10-14.

Práctica. Propósitos

Muchos de nuestros lectores no se contentarán con una ojeada rápida a este opúsculo: querrán asimilar sus pensamientos y detenerse a meditarlos. Estamos seguros de que a ellos no les costará resumir su contenido en unos pocos propósitos prácticos que den fruto en la vida de cada día.

Con todo, hemos juzgado oportuno, atendiendo al deseo que algunos lectores nos han expresado, simplificarles esa tarea proponiéndoles algunos propósitos de carácter general. A cada propósito se añade el pensamiento que lo anima.

Cualquiera de ellos sería un excelente tema de examen particular o de meditaciones propias para fomentar la vida unitiva. Cada uno sabrá adaptar estos propósitos a los detalles de su vida diaria.

Es fácil ver que estos propósitos, en apariencia tan numerosos, expresan en realidad una vida muy sencilla. Todos ellos, desde puntos de vista diversos, dan voz a una misma idea y a un mismo sentimiento, es decir, al ardiente deseo de que Cristo viva y reine en nosotros en todas las circunstancias de la vida. Quienes quieran servirse de estos propósitos se guiarán, para elegirlos, por sus atractivos personales y sus necesidades particulares. No hace falta insistir en que cada uno supone un ideal muy elevado, y el solo hecho de acercarse a él cuanto podamos es ya algo muy hermoso y señal de mucho amor.

Recordemos de paso que, para entregarse por completo a la vida unitiva, antes ha debido mostrarse gran generosidad en arrancar los defectos y en adquirir las virtudes.

Propósitos

1. Convencerme cada vez más de esta gran verdad, que es uno de los fundamentos de la vida interior: por la gracia santificante, Jesús, el

Verbo eterno, está realmente presente en mi alma, que le sirve sin cesar de sagrario viviente. La devoción a Jesús siempre presente en mi alma debe complementar la devoción a Jesús en el Santísimo Sacramento. Recordar con frecuencia esta verdad que da vida, hacerla tema de meditación y leer libros apropiados para que llegue a ser parte esencial de mi vida diaria. (Véanse Plus, Marmion, Bernadot, Duperray, Isabel de la Trinidad y los demás autores citados.)

2. Edificar mi vida interior sobre esta verdad y llevar mi convicción a la práctica diaria mediante la unión continua con Jesús presente en mí. Amar el espíritu de recogimiento interior, que me permite permanecer postrado, como María Magdalena, a los pies de Jesús presente en mi alma, escuchando su divina enseñanza. Esta estrecha intimidad será preludio de una vida de gran unión con Jesús y la mejor iniciación a la vida de identificación.

3. En mi lectura espiritual, en mi meditación, en mis jaculatorias y en la práctica de la vida diaria, procurar hacer mía esta verdad fundamental: Jesús, realmente presente en mí por la gracia santificante, vive y obra en mí, su miembro místico, y reclama mi ser entero, para poder perpetuar por medio de mí su vida de amor en la tierra y seguir amando inmensamente a su Padre.

La vida cristiana es la vida de Cristo en nosotros, y debo procurar ser para Él «otra humanidad». Toda mi vida espiritual puede entonces resumirse en morir a mí mismo, por amor de Jesús, para que Él viva y ame en mí. «Es preciso que Él crezca y que yo disminuya».¹ Desde este punto de vista admirable debo mirar en adelante mi vida.

4. A medida que comprenda más a fondo este gran pensamiento, procuraré darle expresión en los menores detalles de mi vida.

Al final debería ocuparme un solo pensamiento constante: el de agradar a Jesús en todo momento, el de entregarle por completo mi vida, para que en mí ame, como le plazca y con un amor cada vez más puro, a su Padre celestial y a su Madre santísima.

5. Para dejar que Jesús tome entera posesión de mí, procuraré ser

perfectamente dócil a sus divinas inspiraciones. Mi virtud predilecta, que incluye todas las demás, será una docilidad amorosa a las inspiraciones de la gracia. (Véase el capítulo IV.) Me preguntaré a menudo: «¿Cómo he de hacer esto para agradar a Jesús?». «¿Cómo lo haría Jesús?».

6. No vacilaré ante ningún sacrificio cuando vea que Jesús lo desea. ¡Cómo podría querer ser «yo mismo» antes que «Él»! ... Si he comprendido de veras la divina amabilidad de mi Salvador y mi propia total insignificancia, tendré por locura y abominación preferirme a mí mismo a Él, o mi vida a la suya, aun en las cosas más pequeñas.

7. Acostumbrarme a no hacer nada solo, a hacerlo todo en estrecha unión con Jesús. Ir con Él a la oración (véase el capítulo III), a las buenas obras, a mis deberes diarios, al trato con el prójimo, a las acciones más indiferentes, como mis comidas.

Hacerlo todo con Jesús es el modo más seguro de hacerlo todo por Él y en su Nombre, y nada para mí mismo. (Véase el capítulo III.)

8. Realizar todas mis acciones, las más insignificantes lo mismo que las más importantes, por amor, con la intención de agradar a Jesús, mi amado. El amor debe ser para mí el aliento mismo de la vida. (Véase el capítulo III.)

Miraré esta vida de identificación con Jesús como la entrega más completa y amorosa que puedo hacer de todo mi ser. No hay amor más grande que dar la vida por el amigo. Ahora bien, al identificarme con mi Salvador se la doy a cada momento. ¡Qué alegría hay en este pensamiento si estoy abrasado de amor! ... (Véase el capítulo III.)

9. Para alimentar la llama de mi amor, me acostumbraré a las jaculatorias de amor, que puedo expresar con palabras o con pensamientos y variar según mi devoción, pero que también pueden ser, si Dios así lo quiere, una simple mirada del corazón, una simple y amorosa orientación constante del alma hacia Dios.

Adquirir el hábito de decir a menudo a Jesús cuánto lamento haberlo dejado solo, haberlo olvidado para vivir mi propia vida. Estos amo-

rosos actos de dolor son quizá tan eficaces como las jaculatorias para establecer una unión continua entre el alma y Jesús.

10. Como anhelo dejar que Jesús viva cada vez más en mí, tendré gran devoción a Jesús en el Santísimo Sacramento y desearé ardientemente unirme a Él en la santa Comunión.

La Comunión diaria y fervorosa es el mejor modo de acrecentar la vida de la gracia, la vida de Jesús en mí. Nunca perderé por culpa mía una de estas preciosas Comuniones, que tan estrechamente me unen a Jesús.

11. Al entregarme a Jesús por esta vida de identificación, le cedo todas las alegrías de mi vida, puesto que ya no vivo para mí sino para Él. Ojos, boca, corazón, voluntad e inteligencia, todo le pertenece. Es perfectamente libre de servirse de mí como quiera, de saciar todos sus divinos deseos y de apropiarse todas las alegrías de mi vida. En cuanto a mí, solo pido una alegría en la vida: ser la alegría continua de mi Amado.

No admitiré de buen grado en mi vida ninguna alegría, deseo, temor o tristeza que sea personal o, en lo más mínimo, egoísta, es decir, ningún sentimiento del que no pueda decir con sinceridad: «Esta es la alegría o la pena de Jesús que vive en mí; Él pone estos sentimientos en mi corazón y quiere vivir así en mí». De este modo aseguraré la perfecta unión de mi voluntad con la de Jesús, unión que me introducirá plenamente en la vida unitiva. (Véase el capítulo IV.)

12. Mortificarme en todo, de la manera más alegre posible, pero siempre por el motivo del amor de Jesús, renunciando por entero a mí mismo para dejar que Jesús viva en mí.

Si adquiero el hábito de mirar la mortificación como el medio de poner a mi amado Jesús, con sus perfecciones infinitas, en lugar de mi miserable persona, llegaré a amarla y seré más alegre y valeroso en practicarla.

Practicar la mortificación es hacerme semejante a Cristo, acercarme a la unión perfecta con Jesús. Este es el pensamiento que debe ani-

mar y fortalecer mi deseo de un continuo olvido de mí mismo. Morir a sí mismo no es morir, sino nacer de nuevo para vivir en Dios.

Así mi misma vida purgativa rebosará de vida unitiva.

13. Del mismo modo, es el ardiente deseo de dar a Jesús plena libertad para vivir su propia vida en mi alma lo que debe animarme en la imitación de sus divinas virtudes. (Véase el capítulo IV.)

Ser humilde, caritativo, olvidado de mí, lleno de celo, significa sencillamente que, por amor de Jesús, le doy la constante alegría de satisfacer en mí su anhelo de virtud, de humildad, de abajamiento, de una caridad entregada y desinteresada, y su sed de las almas de los hombres.

Así también mi vida iluminativa se verá adornada con el halo de la vida unitiva.

14. Recordarme con frecuencia que Jesús, que tanto amó la Cruz, desea saciar en mí su amor al sufrimiento.

«Debo completar lo que falta a la Pasión de Cristo».² Debo ser crucificado con Él. Jesús, al reproducir y continuar en mí su propia vida, quiere reproducir también en mí el misterio de su Pasión. Además, quiere continuar por medio de mí su obra de Salvador, Redentor y Reparador.

Pensando así habitualmente, afrontaré los sufrimientos con alegría y los soportaré con valentía.

15. Puesto que Jesús ha de vivir en mí como le plazca, debo amar a Dios con Él y como Él lo hace, con ese amor purísimo que es propio de la vida unitiva.

a) Ante todo, como el mismo Jesús, debo amar solo a Dios.

Debo verlo y amarlo en todo. No debo amar a ninguna criatura por sí misma. Me desprenderé cada vez más del lado puramente humano y material de las cosas, tan atractivo para los sentidos, y no veré en ellas sino el lado divino, para que me ayuden a crecer en el conocimiento y el amor de Dios y de su santa voluntad. (Véase el capítulo III.)

b) En segundo lugar, como Jesús, amaré a Dios como un bien pro-

pio. Me he dado a mi Salvador y Él, a cambio, me da todo lo que tiene. Me ha dicho: «Todo lo mío es tuyo».³ Siendo uno con Jesús, puedo reclamar y amar al Padre, con todos sus atributos infinitos, como cosa mía. Las perfecciones soberanas de Jesús y también las de su Madre santísima me pertenecen. (Véase el capítulo III.)

16. Me olvidaré entonces de mí mismo para vivir en Dios, el amor de mi alma. (Véase el capítulo IV.)

Fomentaré de todas las maneras posibles los pensamientos y sentimientos aptos para desarrollar en mí la vida unitiva. (Véase el comienzo del capítulo IV.)

Tomaré la costumbre de meditar en las perfecciones amables de Dios, de Jesús y de su Madre santísima, y lo haré con mayor frecuencia a medida que crezca el atractivo. Procuraré amarlas como cosa realmente mía, perderme en su admiración, gozar de ellas con calma y encontrar en ellas mi complacencia y mi felicidad. Adherirse a Dios y gozar de ellas de modo amoroso y desinteresado es propio de la vida unitiva.

Elegir para la lectura espiritual los libros que me ayuden a avanzar en esa vida unitiva.

17. Procurar, ante todo, llenar mi alma de una dicha serena y profunda, que ningún incidente debe turbar, al pensar que Dios es infinitamente perfecto y dichoso. Dios, a quien amo apasionadamente, es todo lo que mi amor se figura de Él y mil veces más. ¿Qué más hace falta para ser feliz, si mi felicidad se identifica con la suya? (Véase el final del capítulo III.)

18. Recurriré con frecuencia a los méritos infinitos de Jesús para afianzar mi alma en su alegría sin nubes y en su confianza perfecta, a pesar de mis muchas miserias. Me presentaré al Padre con Jesús, que vive en mí, ya ofreciéndome a Él de modo explícito, ya sencillamente elevando mi alma hacia Él.

Le ofreceré las acciones, oraciones y sufrimientos con los que Jesús glorifica a su Padre en mí y conmigo, y que son expresión del amor de

Jesús al Padre mucho más que del mío.

También con frecuencia, y sobre todo cuando haya incurrido en alguna imperfección, ofreceré al Padre el mismo Corazón de Jesús, y en este océano de purísimo amor sepultaré todas mis miserias. (Véase el capítulo III.)

19. Procuraré ser menos egoísta en mi vida espiritual. En vez de verlo todo desde mi propio punto de vista, procuraré mirar las cosas, tan a menudo como sea posible, desde el punto de vista de Jesús, para verlas y amarlas solo como Él, porque es su propia vida la que Jesús ha de vivir y continuar en mí, no la mía. (Véase el capítulo II.)

Por eso procuraré averiguar qué sentiría Él si estuviera en mi lugar, y pondré sus sentimientos en lugar de los míos. (Véanse el capítulo III y el comienzo del capítulo IV.)

Quisiera también que mi vida espiritual estuviera llena de intereses amplios y variados. En vez de concentrarme en mí mismo, como si yo fuera el centro del mundo, adoptaré las miras amplias y los vastos intereses de Jesús, que vive en mí. Así el mundo entero será mío, y los millones de almas que pertenecen a Jesús me pertenecerán también a mí. Mis oraciones, alegrías, sufrimientos, mi trabajo por las almas, todo se ensanchará y se ennoblecerá. (Véase el capítulo II.)

20. Si Jesús me atrae a un método de oración más sencillo y más pacífico, si quiere infundir en mí un conocimiento amoroso y general de Dios y me concede la gracia de la contemplación, lejos de mí oponerme a su acción en mi alma.

En vez de aferrarme desesperadamente a mis muchos razonamientos, seguiré la atracción divina y me entregaré al goce apacible de las luces y los afectos recibidos.

21. Aplicaré también los métodos de esta vida de identificación con Jesús a mi trato con mi Madre del Cielo. Daré a Jesús el deleite de poder amar a su Madre como la amó cuando estaba en la tierra, de prodigarle, por medio de mí y en mí, caricias como las que le prodigaba en Nazaret.

El ideal de mi vida como «hijo de María» es dar Jesús a María reproduciendo en mi propia vida a su divino Niño. (Véase el libro del autor *Trust*.)

1. N. del T.: Jn 3, 30 (Vulgata: *illum oportet crescere, me autem minui*). Son palabras de Juan el Bautista.

2. N. del T.: el autor alude a Col 1, 24: «Completo en mi carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo».

3. N. del T.: Lc 15, 31, palabras del padre al hijo mayor.

Conclusión

Numerosas son las almas que, subiendo con ardor las empinadas sendas de la perfección, han visto un día, en una revuelta del camino, abrirse a su mirada una vista magnífica. Se había producido en ellas un cambio profundo, gradual e imperceptible en la mayoría de los casos, repentino y marcado en unos pocos. Habían llegado a un punto de su vida en que, sin darse cuenta de la transformación que se había obrado en ellas, se encontraron mirando los acontecimientos con los ojos de Jesús, viviendo su vida y refiriéndolo todo a Él. ¡Qué admirable cambio de visión, y qué completa la transformación interior obrada en su alma! Por primera vez sintieron que su vida se había hecho un himno de amor que Jesús cantaba en ellas y por medio de ellas para gloria de su Padre. Su capacidad de agradar al Dios a quien amaban se había multiplicado por diez. Experimentaron con hondo deleite que no estaban solas en amar a Dios, sino que Jesús, con su amor sin límites, amaba en ellas. Su pobreza se había enriquecido con los tesoros infinitos de Jesús.

¿Qué había sucedido, entonces? Bajo la guía del Maestro de las almas, habían sido llevadas, quizá sin advertirlo, de uno u otro modo, a considerar la vida espiritual bajo el aspecto que hemos descrito en las páginas anteriores, a hacer de ella su ideal: dejar que Jesús continuara en ellas su vida. ¡Pero cuántos largos rodeos, cuántos pasos en falso antes de llegar adonde el Maestro quería! No pocas de ellas han exclamado por instinto en ese momento: ¡Si yo hubiera comprendido los planes de Dios! ¡Si hubiera sabido lo que era la verdadera vida, la vida plena, una vida de expansión! ¡Si alguien me hubiera señalado al menos desde el comienzo el ideal que ahora me llena de gozo, cuánto tiempo habría ganado!

Creemos, en efecto, que muchos corazones generosos llegarían más

rápida y seguramente a los grados más altos de la vida espiritual si se les propusiera con más frecuencia y claridad esta concepción de una vida de identificación con Cristo y de transformación en Él.¹

Es verdaderamente extraño que una idea tan característica de san Pablo sea rara y poco adoptada en la práctica. ¡Qué pocos son los libros espirituales que tratan el tema *ex professo*, y menos aún los que procuran familiarizar a las almas con las ideas de san Pablo, aunque son el fundamento mismo de la vida espiritual! Pero, en realidad, no hay mucho motivo de asombro si recordamos que hasta hace poco incluso la doctrina misma de la gracia santificante y de la presencia real de Dios en el alma, que está en la raíz de esta concepción, era un asunto que la mayoría de los predicadores y directores espirituales rara vez tocaba. Como dijimos al principio, esta primera deficiencia se va remediando: en los últimos veinte años ha aumentado la literatura religiosa sobre el tema.²

Se ha dado un primer paso, pero debemos avanzar más y estudiar con mayor cuidado no solo la naturaleza de la gracia, sino también el desarrollo de la vida divina en nosotros, y sondear la gran doctrina del Apóstol que enseña la incorporación a Cristo y su vida mística en sus miembros. Sobre todo, debemos hacerla aplicable y familiar eligiéndola como tema frecuente de instrucciones espirituales o de puntos de meditación. Por eso acogemos con gusto libros como el volumen del P. J. Duperray, S.J., *Le Christ dans la vie chrétienne d'après saint Paul*, 2.^a edición, 1923, Giraudon, París, y el del P. Plus, S.J., *Dans le Christ Jésus*, en el que el autor se propone únicamente difundir la idea de la incorporación a Cristo y el modo de hacerla practicable en la vida diaria. Su capítulo tercero del libro IV, sobre «Ahora no yo, sino Cristo», es particularmente sugestivo. En él señala con claridad cómo nuestro ideal debe ser ofrecer a Cristo «otra humanidad».³ Ha publicado un diario íntimo, *Consummata*, donde volvemos a encontrar casi las mismas ideas puestas en práctica por un alma santa.⁴ Hace pocos años apareció también *Souvenirs*, de sor Isabel de la Trinidad, libro que ya

se ha hecho muy popular y en el que hallamos expuesta todavía con más claridad la concepción del camino espiritual que hemos recomendado en estas páginas.⁵ Por desgracia, en conjunto, esta concepción de la vida espiritual es poco conocida y rara vez se usa como base de nuestros métodos de espiritualidad. Sin embargo, en el siglo XVII desempeñó un papel muy importante en la literatura religiosa.⁶ Con matices de diferencia, la hermosa doctrina del P. Lallemant y de sus discípulos, los PP. Rigoleuc, Surin y Maunoir (esa gloriosa falange de místicos jesuitas a quienes H. Bremond ha llamado la vanguardia de la Compañía de Jesús), enseña toda la misma cosa. Lallemant saca su inspiración esencialmente de la presencia de Jesús y de su Espíritu Santo en el alma. Por eso, para él toda la vida espiritual gira en torno a la «guarda del corazón» y consiste en ser lo más dócil posible a los menores impulsos del Espíritu Santo, Espíritu de Jesús, para permitirle vivir perfectamente en nosotros.

Estas ideas formaron incluso el fundamento mismo de la Escuela francesa, tan floreciente en el siglo XVII. Es, en efecto, la misma cosa, con apenas una diferencia perceptible, aquella maravillosa doctrina de la adhesión a Cristo, de la unión íntima con Cristo presente en el alma y cabeza del cuerpo místico, tan ensalzada por la escuela del cardenal de Bérulle, del P. Condren, del señor Olier, etc. Pero la enseñanza de san Juan Eudes representa quizá con más claridad todavía las ideas expuestas en estas páginas. En su *Reino de Jesús* hallamos estas líneas, que son la esencia de su espiritualidad: «Así como san Pablo nos asegura que él completa los sufrimientos de Jesucristo,⁷ puede decirse con verdad que un verdadero cristiano, que es miembro de Jesucristo y está unido a Él por su gracia, continúa y completa, por todas las acciones que hace en el espíritu de Jesucristo, las acciones que el mismo Jesucristo hizo durante el tiempo de su vida pasible en la tierra. De modo que, cuando un cristiano hace oración, continúa y completa la oración que Jesucristo hizo en la tierra; cuando trabaja, continúa y completa la vida laboriosa de Jesucristo; cuando trata con el prójimo con

espíritu de caridad, continúa y completa la vida de trato de Jesucristo, etc. [...] Debemos ser como otros tantos Jesús en la tierra, para continuar en ella su vida y sus obras, y para hacer y sufrir todo lo que hacemos y sufrimos santa y divinamente, en el espíritu de Jesús, es decir, en las disposiciones e intenciones santas y divinas» (*Œuvres*, 164). El santo lleva muy lejos la idea de identificación con Cristo. A propósito de la Comunión exclama: «¡Oh Salvador mío! [...] Para recibirte no en mí, por ser demasiado indigno de ello, sino en Ti mismo y con el amor que te tienes a Ti mismo, me anonado a tus pies, cuanto puedo, con todo lo que es mío; me doy a Ti y te suplico que me anonades Tú mismo, que te establezcas en mí y establezcas en mí tu divino amor, para que, al venir a mí por la santa Comunión, seas recibido no en mí, sino en Ti mismo» (*Œuvres*, I, 140-141).⁸

Como vemos, la gran enseñanza de san Pablo sobre la vida de Jesucristo, cabeza del cuerpo místico, no pudo ser mejor aprovechada. Esta doctrina, que san Agustín y santo Tomás han tratado tan bien en sus obras, es, pensamos, esencialmente el centro de la sublime espiritualidad de san Juan Eudes. Por eso nos causó verdadero placer, hace algún tiempo, ver explicada la doctrina del santo en *La Vie Spirituelle*.⁹

Si esta sublime doctrina fuera mejor conocida, si libros de este tipo estuvieran en manos de quienes tienen el deber de dirigir a las almas por el camino de la unión más estrecha con Dios y de instruir a sacerdotes y religiosos, no cabe duda de que muchas almas que ahora vegetan en un estado de mediocridad se elevarían pronto a grandes alturas y serían admitidas a uno u otro grado de unión mística. Muchas, en efecto, llegan a vivir la vida de unión y de transformación en Cristo, y a la conciencia de ser miembros de Cristo, solo por los incesantes esfuerzos del Espíritu Santo, sin saber exactamente adónde van. Si esos esfuerzos fueran secundados por una enseñanza más acorde con la acción unificante y transformante de Dios; si esas almas fueran instruidas con claridad en sus deberes de miembros de Cristo; si el gran ideal de una vida en el Nombre de Jesús se les propusiera con claridad, las

almas a quienes Dios conduce por el camino de la contemplación pasiva serían todavía mucho más numerosas.

Sin embargo, no debemos exagerar. No podemos decir que no encontremos almas que, con conocimiento de causa, orienten su espiritualidad según las líneas de san Pablo. Las encontramos, no solo entre los herederos de las grandes ideas de la espiritualidad francesa del siglo XVII, sino en todas partes y en toda clase de la sociedad.¹⁰ Muchas se hallan sobre todo entre las «almas víctimas», que tienen la conciencia clara y habitual de Jesús en ellas y cuyo ideal es transformarse en Jesús, poniéndolo en lugar de sí mismas. Recuerdan las palabras del Apóstol: «Completo en mi carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo». Sufren con alegría aflicciones muy grandes, porque saben que Jesús desea seguir sufriendo por medio de ellas y saciar por su medio su anhelo de inmolación. Pero no cabe duda de que muchas almas inspiradas por estos deseos quieren sobre todo imitar los sufrimientos de Jesús y así reproducir su Pasión en su vida. Al leer sus escritos o sus vidas, las almas a menudo se sienten rechazadas por la vista de una vida de inmolación constante y heroica; y no se puede negar que no todos se sienten llamados a hacer el voto de «víctima». Sería lamentable encontrar almas fervorosas en el error de creer que dejar que Cristo viva en ellas equivale a hacerse «alma víctima» y es lo mismo que dedicarse a una vida de sufrimiento horrible y extraordinario. No: Cristo desea vivir su vida en todos los cristianos; todos pueden reproducirla en sí, sean cuales fueren las condiciones en que se encuentren. La vida mística del Salvador es infinitamente variada y puede reproducirse de innumerables maneras y con innumerables matices de diferencia. Sin duda, para identificarse de verdad con Jesús, será necesario que el alma reproduzca todos los estados y virtudes de Jesús; que toda su vida sea, como la de Jesús, de abnegación y de sacrificio; será necesario que reproduzca los sufrimientos y la Pasión de Cristo, que sea crucificada con Él: *Christo confixus sum cruci*,¹¹ como dice el Apóstol. No es menos cierto que, en la mayoría de las almas, Jesús cumple de modo

especial uno u otro estado de su vida mortal. En la encantadora Teresa del Niño Jesús vivirá de nuevo su vida de infancia en Nazaret;¹² en otras reproducirá su vida de adolescencia y de trabajo oscuro. En un Domingo, un Francisco de Asís, un Ignacio, continuará su vida de predicación y de apostolado; mientras que en una Liduvina¹³ cumplirá de modo especial su Pasión. Pero todos están llamados a revestirse de Jesucristo, a transformarse en Él: la vida de Cristo se prolonga en todos los fieles. ¡Felices mil veces los que tienen plena conciencia de ello, los que advierten la sublime grandeza de una vida de transformación en Cristo y aplican todos sus esfuerzos a seguir la inspiración divina! Secundando poderosamente la acción de Dios, no tardarán en hacerse otros Cristos. Llegará un día en que podrán decir con alegría y con toda verdad: «Vivo yo, pero no yo, sino que es Cristo quien vive en mí».

Como conclusión, nos parece bien observar cuán soberanamente importante es que una vida de unión y de identificación con Jesús se funde de manera clara en la conciencia muy viva de la presencia real de Jesús (como Verbo divino) en nuestras almas por la gracia santificante. Los lectores habrán advertido cómo, en el camino espiritual que hemos trazado, el alma nunca pierde el recuerdo de la presencia de Jesús dentro de sí. Si procura hacer que Jesús obre en ella y por ella, es porque sabe muy bien, y quizá siente, por las gracias místicas recibidas, que Jesús está realmente presente en ella. Estaría lejos de sentir el mismo tierno amor por Él, el mismo ardiente deseo de dejarlo vivir en ella, si no tuviera la conciencia habitual de su presencia real; si creyera tener solo una especie de unión moral con Jesús; si, en fin, la vida de Jesús en ella le pareciera algo más o menos metafórico. En nuestra opinión, ciertas formas semejantes de espiritualidad que pretenden la unión con Jesús pierden un poco, o quizá mucho, de su sublimidad y sobre todo de su valor práctico para la santidad, porque no insisten bastante en la doctrina de la presencia real de Jesús en nosotros. Crean de vez en cuando la impresión de una unión de puro compañerismo, de amistad o de completa entrega de sí mismo; e incluso, si

mencionan la presencia de Jesús en nosotros por su gracia, parecen sugerir una presencia por mero influjo más que una presencia real, y el don creado de la gracia más que la inhabitación divina que la gracia implica.

El gran pintor cristiano flamenco Janssens ha representado en un hermoso cuadro a Jesucristo de pie sobre el monte de las Bienaventuranzas, con los brazos extendidos, diciendo: «Hijo mío, dame tu corazón».¹⁴ Esta pintura simboliza exactamente el pensamiento que hemos tratado de expresar en nuestra obra. El sentido obvio del texto no llega tan lejos: se trata solo de una entrega de sí mismo a Cristo. Pero es bueno tomarlo también en el sentido místico: «Préstame, dame tu corazón, para que lo mire como mío, haga resplandecer en él mis virtudes y así continúe mi vida en la tierra y sacie mi intenso amor a mi Padre celestial».

1. No pretendemos que se imponga indistintamente a todos una vía unitiva, y menos aún tal o cual forma de espiritualidad unitiva. Una cosa es imponer un método de vida espiritual a quienes quizá no sienten atractivo por él, y otra muy distinta darles a conocer esos caminos más altos y llamar la atención sobre su belleza y nobleza, para cautivar a almas que ya están enamoradas de un alto ideal. Lo que lamentamos es que con demasiada frecuencia las almas llegan al umbral de la vida unitiva sin haber leído ni oído nada acerca de las regiones más altas de la vida espiritual, y se ven obligadas, por falta del conocimiento necesario, a aventurarse y a subir las cuestas a ciegas, a tientas, siguiendo como mejor pueden la inspiración del Espíritu Santo. Por otra parte, es consolador ver los esfuerzos que se hacen en libros y manuales recientes de vida espiritual por cambiar este estado de cosas. Mientras que muchos hasta ahora daban poco o ningún espacio a la gracia santificante y al gran ideal de san Pablo, estos han hecho de él el fundamento mismo de su sistema espiritual. Han dado el lugar de honor a la gracia y no han olvidado incluir en ella la presencia real de Dios que implica. Nombramos, por ejemplo, los excelentes libros del P. J. Schrijvers, C.SS.R., especialmente su manual sobre los principios de la vida espiritual, y también el *Compendio de teología ascética y mística* de M. A. Tanqueray, que posee además el gran mérito de dar una idea de las diferentes escuelas de espiritualidad.

2. Entre los mejores libros debemos nombrar *La vida interior* y otras obras del cardenal Mercier, y también el hermoso libro del difunto dom Marmion, *Jesucristo, vida del alma*. Hay que añadir que las revistas *La Vie Spirituelle* y *La Revue d'Ascétique et de Mystique* han tenido una parte muy activa en la difusión de la doctrina de la gracia.

3. *Dans le Christ Jésus*, del P. R. Plus, S.J., 1923; traducción inglesa de Burns Oates and Washbourne.

4. Últimamente el P. R. Plus ha publicado también la vida de Consummata, Antoinette de Geuser, 1931, libro inspirador que recomendamos con insistencia.

5. Sor Isabel de la Trinidad, *Souvenirs*, Dijon. Véase también la espléndida paráfrasis hecha hace poco por dom Vandeur, O.S.B., de su famosa oración «Oh Trinidad que adoro», Lovaina, 3.^a edición, 1928.

6. Véanse los tomos III y IV de la *Histoire littéraire du sentiment religieux en France*, de H. Bremond.

7. N. del T.: Col 1, 24 («Completo en mi carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo»), versículo que el autor cita más abajo sin referencia.

8. Las obras completas de san Juan Eudes, en doce volúmenes, son publicadas por Lethielleux, París.

9. Véase *La Vie Spirituelle*, septiembre de 1923: *Le bienheureux Jean Eudes. Sa spiritualité*, por L. Levesque, editado también como folleto por *La Vie Spirituelle*. Véase también *La Vie Spirituelle*, junio de 1925.

10. Las formas de espiritualidad llamadas «litúrgicas» se inspiran también en el dogma de la incorporación a Cristo y en la comunión de los santos. Tienen así una real afinidad con la idea dogmática de identificación con Cristo que aquí se trata, aunque suelen insistir más en la comunión de los santos. Tómese, por ejemplo, el hermoso libro de dom J. B. Chautard, *El alma de todo apostolado*, Burns Oates and Washbourne, parte V, cap. 3, *La vida litúrgica*, y cap. 4, *La guarda del corazón*. ¿Hace falta añadir que un camino de espiritualidad como el de san J. Eudes se presta perfectamente a una interpretación litúrgica muy marcada?

11. «Con Cristo estoy clavado en la cruz» (Gál 2, 19).

12. Es la gracia especial de santa Teresa de Lisieux enseñar a las almas su caminito de infancia. Pero este camino de infancia, para seguirlo en su integridad, requiere mucha fortaleza y mucho amor, pues es un camino de la Cruz.

13. N. del T.: santa Liduvina de Schiedam (1380-1433), de los Países Bajos, que su-

frió una enfermedad larga y dolorosa.

14. N. del T.: Prov 23, 26.

Oración para unirse a Jesús

Oh Jesús, mi amante Salvador, tantas veces has dicho que tienes sed de nuestras almas, sed de seguir amando, en nosotros y por medio de nosotros, a tu Padre celestial, por quien moriste en la Cruz. Anhelas tener millones de vidas, millones de corazones con que seguir amándolo hasta el fin de los tiempos.

Vengo, pues, oh Jesús, a darme y consagrarme enteramente a Ti, con todo lo que tengo y soy. Que desde ahora sea plenamente tuyo, que no me pertenezca más a mí mismo, sino del todo a Ti; que no exista ya para mi propio gusto, sino para el tuyo. Haz en mí y por medio de mí todo lo que quieras, y que yo, plenamente identificado contigo, llegue a ser para Ti como otra humanidad, que te permita seguir amando apasionadamente a tu Padre celestial y a tu Madre santísima.

Que mis ojos, hechos tus ojos, miren solo lo que Tú quieres ver; que mis labios pronuncien solo tus palabras: palabras de mansedumbre, de bondad y de caridad amorosa. Que mi mente se llene de tus pensamientos divinos y que mi corazón, muerto al amor propio, arda con tu amor ardiente al Padre y con tu celo incansable por las almas.

Ayúdame, oh divino Maestro, a hacerlo todo contigo y por Ti. Hazme dócil a tus inspiraciones divinas, para que en cada momento cumpla perfectamente tus menores deseos. Ayúdame a olvidarme de mí y lléname hasta el borde de Ti, para que, como el Apóstol de los gentiles, ya no viva yo, sino que vivas Tú solo en mí. En una palabra, sé la vida de mi vida y el alma de mi alma. Que mi único deseo aquí en la tierra sea expresar continuamente tu amor al Padre, y mi única alegría sea tu alegría, dándote a Dios, a la Santísima Virgen María y a las almas en cada uno de mis actos. Amén.